

Historia

Miguel Artola
Los afrancesados
Alianza Universidad



MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO
HISTORIA DE LOS
HETERODOXOS ESPAÑOLES

REGALISMO Y ENCICLOPEDIA
LOS AFRANCESADOS Y LAS CORTES DE CÁDIZ
REINADOS DE FERNANDO VII E ISABEL II
KRAUSISMO Y APOLOGISTAS CATÓLICOS



PRÓLOGO
DE
ARTURO FARINELLI

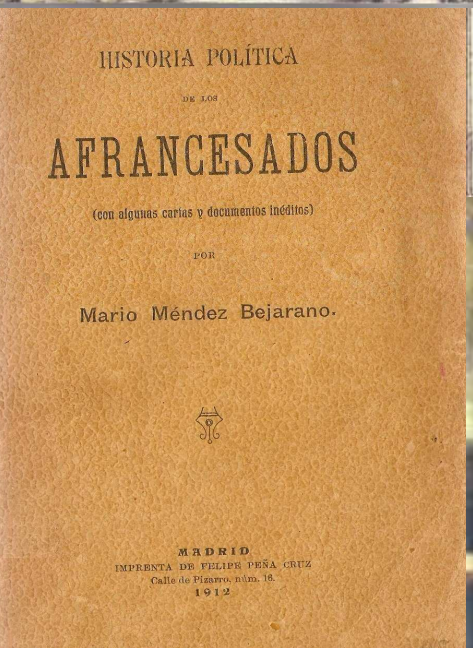
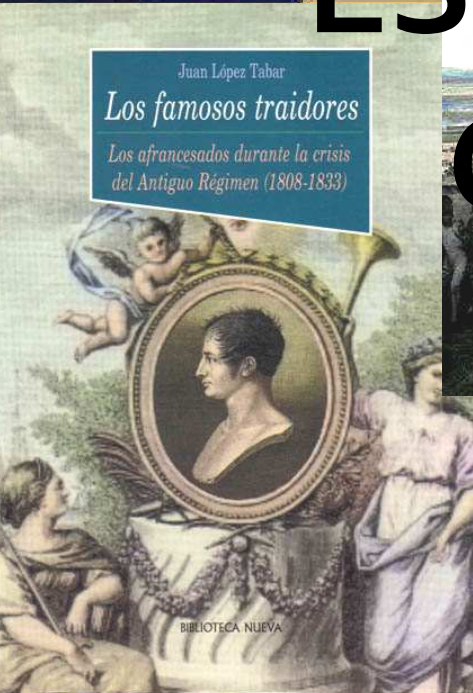
EDITORIAL PORRÚA
AV. REPUBLICA CENTRAL, 15. MÉXICO, 1998
"AN CUBENSIS" N.º 389

LOS AFRANCESADOS:

ESTADO DE LA CUESTIÓN



Juan López Tabar
Los famosos traidores
Los afrancesados durante la crisis
del Antiguo Régimen (1808-1833)



LUIS BARBASTRO GIL
LOS AFRANCESADOS
PRIMERA EMIGRACIÓN POLÍTICA DEL
SIGLO XIX ESPAÑOL (1813-1820)

MONOGRAFÍAS 5



ÍNDICE

PROPUESTA DE TRABAJO.....Página 3

EL TÉRMINO "AFRANCESADO".....Página 4

VISIÓN GENERAL Y CARACTERÍSTICAS DEL FENÓMENO AFRANCESADO.....Página 5

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Las primeras visiones historiográficas

Marcelino Menéndez Pelayo: Historia de los heterodoxos españoles.....Página 6

Mario Méndez Bejarano: Historia política de los afrancesados.....Página 8

El desarrollo de las actuales interpretaciones

Hans Juretschke: Los afrancesados en la Guerra de la Independencia.....Página 12

Miguel Artola: Los afrancesados.....Página 13

Las últimas aportaciones

Luis Barbastro Gil: Los afrancesados. Primera emigración política del siglo XIX español.....Página 18

Juan López Tabar: Los famosos traidores: los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen.....Página 22

CONCLUSIONES Y VALORACIÓN FINAL.....Página 26

ANEXOS

El legado afrancesado: el retorno del exilio y el papel en la construcción del Estado del siglo XIX.....Página 28

La visión afrancesada ofrecida a los escolares durante el periodo franquista.....Página 31

BIBLIOGRAFÍA.....Página 33

PROPUESTA DE TRABAJO

La proposición de realizar una reseña de algunos de los muchos libros que acometen el estudio de una de las parcelas de la Historia Contemporánea de España se nos prefiguró desde un primer momento como una propuesta novedosa y con interesantes posibilidades de resolución.

Pero si sugerente era la realización de una reseña, más aun nos parecía que podía ser llevar a cabo el estado de la cuestión de todo un fenómeno histórico.

Un estado de la cuestión obliga no a hacer una reseña, sino a hacer varias, y a intentar inferir de la lectura de varias obras unas conclusiones generales sobre dicho fenómeno histórico y la situación actual de su investigación histórica, además de a ejercer un análisis de su evolución historiográfica.

Esta es pues la razón de que el presente trabajo no sea fruto del esfuerzo de una persona sino que se trate de un trabajo a dúo, situación no siempre potenciada durante el transcurso de la Licenciatura en Historia y que por tanto nos parece que pueda ser bastante útil como experiencia y como posterior fuente de conocimientos.

El fenómeno que hemos elegido es el de los *afrancesados*. Varias son las razones que nos han inclinado a ello:

- Los *afrancesados* han constituido uno de los temas más interesantes de la Historia Contemporánea española. Marañón, por ejemplo, conceptuaba el tema como *uno de los problemas más arduos de nuestra historia*¹. Desde muy pronto fue estudiado, y aun no se han agotado sus posibilidades.
- A priori, encontramos dos grandes autores que han tratado el tema –Hans Juretschke y Miguel Artola-, cuyas opiniones y conclusiones sobre el mismo no se dirigen en la misma dirección, por lo que el tema se presta como favorable para la realización de un estado de la cuestión.
- El periodo al que se circunscriben los *afrancesados* data de la Guerra de la Independencia, unos años que fueron claves para la historia de España, puesto que en ellos se abrieron paso las nuevas formas contemporáneas en lo jurídico-político, en lo económico y en lo social que rompieron con el Antiguo Régimen.

Así pues, como objetivos nos marcamos la realización del estado de la cuestión sobre el fenómeno *afrancesado*, pero además e implícitamente se hace necesario realizar una aproximación histórica general a la época y al fenómeno de forma previa. Una perspectiva interesante a nuestro juicio y que se intentará abordar también será la del legado *afrancesado*: es decir, su papel en la configuración del Estado liberal del siglo XIX.

¹ ARTOLA, M.; *Los francesados*; Madrid; 1976; con prólogo a cargo de Gregorio Marañón.

EL TÉRMINO “AFRANCESADO”

La Real Academia Española de la Lengua define en su diccionario² así a los afrancesados:

1. *adj. Que admira excesivamente o imita a los franceses.*
2. *adj. Se dice especialmente de los españoles que en la Guerra de la Independencia siguieron el partido de Napoleón.*

El origen de este término histórico, esto es, la segunda definición, como no podía ser de otra forma es bastante complejo. Contiene en él algunas desvirtuaciones y confusiones que llevan a abarcar en su definición a personas que no son verdaderos afrancesados y, por tanto, conviene aclarar este problema antes de entrar a mayores en el estudio que nos proponemos.

Una confusión frecuente que se nos presenta es la de la equiparación de los términos *afrancesado* y *afrancesamiento*. El problema surge de la desvirtuación que a los ojos de los contemporáneos sufrieron los afrancesados. Afrancesamiento hace referencia a una tendencia exagerada a las ideas o costumbres de origen francés y, con asombrosa facilidad se quiso hacer entrar en esta definición a los afrancesados.

Lo cierto es que el afrancesamiento ha sido un fenómeno constante en la historia de España, y desde la edad Media se constatan la llegada de influjos, modas e ideologías que, atravesando los Pirineos, encontraron en su vertiente sur a muchos admiradores. Una de las ocasiones más significativas tuvo lugar a lo largo del siglo XVIII, con la llegada de la dinastía francesa de los Borbones y con las influencias intelectuales de la Ilustración.

Sin embargo, los verdaderos afrancesados, intelectualmente tomaron poco de Francia. Si bien puede discutirse su mayor o menor acercamiento a los *ilustrados*, los modelos políticos que querían seguir distaban de los que se estaban poniendo en práctica y desarrollándose en el país gallo.

Además, en un principio el término afrancesado fue un término confuso, que se usó como arma arrojadiza entre grupos ideológicos contrarios, que no dudaron en aplicarlo a todo tipo de personas y corrientes. Félix José Reinoso, un clérigo afrancesado expresaba así esta situación:

¿Qué sima es ésta donde todos los Españoles han caído? Qualesquiera sean las opiniones, qualquiera el clima de su morada; americanos y europeos, leales e indiferentes, liberales y serviles, todos son, todos se apellidan afrancesados³

Pero muy pronto se configuró la idea popular de que un afrancesado era todo español que, ante la dominación napoleónica iniciada en 1808, ocupó cargos, colaboró con el invasor con fines diversos o juró fidelidad al nuevo monarca intruso.

Esta afirmación, entonces tomada por una verdad absoluta, no debe cegarnos los ojos, puesto que abarca en ella a un gran número de individuos que no son exactamente afrancesados.

Artola señala cómo una mayoría de personas que trabajaban como funcionarios o poseedores de pequeñas propiedades hubieron de acatar la nueva situación para no perder su sustento y por miedo a la represión⁴. Éstos serían realmente *juramentados*, entendiéndose el término como los que juraron fidelidad a José I por las razones antes descritas.

Pero junto a estos juramentados encontramos a un grupo que se unió libre y conscientemente a José I. Ellos conforman a los verdaderos afrancesados, y a ellos se refiere principalmente el estudio del fenómeno afrancesado hecho por la historiografía.

² Diccionario de la Lengua Española de la R.A.E; Vigésimo segunda edición.

³ F. J. REINOSO; *Examen de los delitos de infidelidad a la patria, imputados a los españoles sometidos bajo la dominación francesa*; Burdeos; por Juan Pinard, impresor, grabador y fundidor de caracteres; 1818; pág. 266

⁴ M. ARTOLA; *Los afrancesados*; 1989; Madrid; Alianza Editorial; pág. 39

VISIÓN GENERAL Y CARACTERÍSTICAS DEL FENÓMENO AFRANCESADO

Son los colaboradores de José I, pero han cambiado mucho los conceptos sobre ellos. Ahora, se intenta aplicar con ellos un análisis sistemático, tendiéndose a realizar estudios sociológicos que se encaminan hacia su procedencia o hacia su estatus social, para así poder descubrir las motivaciones que tuvieron para poder colaborar con el rey José I.

Hay una enorme diversidad de situaciones que confluyen sobre los afrancesados, ya que no son un todo único y, por tanto, no tienen el mismo peso en el aparato institucional. De este modo, el propio Fernando VII trasladó esa idea de que no todos los afrancesados son iguales, y se diferenciaban los que eran merecedores de un castigo mayor de los que lo eran de un castigo menor, y así, no tienen que ver los empleados de la administración que los que ocupan altos cargos en el gobierno, o los que han empleado armas contra los españoles.

De esta manera, hay diferenciar a los que se llama COLABORADORES PASIVOS de los que son ACTIVOS AFRANCESADOS. Parece lógico pensar que entre los pasivos podría predominar el miedo a las represalias y a perder el empleo. Luego, los activos son los voluntarios, los que quieren conseguir algo y estos últimos afrancesados no responden a un grupo único, aunque los más numerosos son los de las **Logias**. Por otra parte, José I tuvo un cierto arraigo entre los estratos más altos del clero catedralicio, y así, no es difícil establecer entre ellos unas motivaciones de tipo reformista, porque ya antes habían sido favorables a las reformas de tipo religioso, las cuales quería continuar el propio José I. Sin embargo, quienes apoyan a los franceses son individuos, no grupos, sino personas que se representan a sí mismos, lo cual está en la base de todos los afrancesados.

Sin embargo, hay un rasgo común en todos ellos, que es que pertenecen a círculos que están situados en latos puestos económicos y sociales, son los **Ilustrados**, tanto en el sentido cultural como ideológico de la palabra.

El odio a ellos

Viendo este extracto del *Catecismo civil y breve compendio de las obligaciones del español* podemos observar cuánto odio debió profesar la masa de población inculta, aleccionada desde los púlpitos contra todo lo francés y contra todo lo que tenía que ver con ellos, incluidos a los afrancesados:

“- ¿Es pecado matar a un francés?

- No, padre; por el contrario, se gana el cielo matando á uno de esos perros herejes”⁵

⁵ MÉNDEZ BEJARANO, M.; *Historia política de los afrancesados (con algunas cartas y documentos inéditos)*; Librería de los sucesores de Hernando; Madrid; 1912; página 195

ESTADO DE LA CUESTIÓN

LAS PRIMERAS VISIONES HISTORIOGRÁFICAS

Durante el siglo XIX, numerosos escritos, sobre todo contemporáneos al periodo de la Guerra de Independencia y sus inmediatos años sucesivos, trataron sobre el problema afrancesado.

Sin embargo, la cercanía de los hechos sobre los que se hablaba, y más aun el hecho de que la historia era todavía una disciplina en plena formación hicieron que no fuese hasta bien entrado el siglo XIX y aun la llegada del XX que encontremos un relato más o menos ambicioso que intente indagar sobre el fenómeno afrancesado.

Los primeros autores señalados que merecen nuestra atención son Marcelino Menéndez Pelayo, en el marco de su gran obra *Historia de los heterodoxos españoles*, y Mario Méndez Bejarano, que ya presenta una primera monografía sobre el tema la, fruto de sus indagaciones bibliográficas y documentales.

- **Marcelino Menéndez Pelayo: Historia de los heterodoxos españoles. Volumen VI: Heterodoxia en el siglo XIX**

Esta ingente obra, se materializó en torno a los años 1880 y 1882 y contó con ocho tomos de más de 500 páginas cada uno que abarcan el estudio de todos los "heterodoxos españoles" que aparecen desde época romana hasta la época en que fue escrita.

El autor

Marcelino Menéndez Pelayo (1856- 1912) fue un polígrafo y erudito, consagrado fundamentalmente a la *historia de las ideas*, a la crítica, a la historia de la literatura española e hispanoamericana y a la filología hispánica en general, aunque también cultivó la poesía, la traducción y la filosofía.

Sus obras más destacadas son la *Historia de las ideas estéticas en España*, la *Antología de poetas líricos castellanos*, los *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, *La ciencia española...* y un largo etcétera⁶.

Entre sus logros figura la obtención de la plaza de catedrático en la Universidad de Madrid, el ingreso en la Real Academia, su elección como diputado por las Cortes entre 1884 y 1892 y la obtención del cargo de director de la Biblioteca Nacional y de la Real Academia de la Historia.

De una ideología fuertemente católica, se adhirió a las corrientes políticas más conservadoras – aunque para los finales de su vida derivaría al liberalismo- y mantuvo una fuerte oposición hacia los planteamientos *krausistas* y *hegelianos* y se le considera como el máximo representante de la escuela nacionalista en la historiografía española. Esto, como no podía ser de otra forma, se refleja en la obra que hemos seleccionado y en su opinión sobre los afrancesados.

⁶ Para más información sobre estos aspectos de la figura de Menéndez Pelayo se puede consultar la siguiente información en la Red: http://es.wikipedia.org/wiki/Marcelino_Men%C3%A9ndez_Pelayo y también: <http://www.filosofia.org/ave/001/a040.htm>

La obra

Como ya se ha comentado, *Historia de los heterodoxos españoles* es una ingente obra que acomete el estudio de todos los personajes y movimientos que la Iglesia católica ha considerado como contrarios a su ortodoxia a lo largo de sus siglos de existencia.

Por esta razón, la obra empieza su relato en el marco del Imperio romano y lo finaliza a escasos diez años de la fecha de su publicación. Por ello, sólo nos interesa el volumen que incluye el capítulo denominado *La heterodoxia entre los afrancesados*.

Somos conscientes de que las opiniones que Menéndez Pelayo vierte sobre los afrancesados son por tanto de carácter puramente religioso, pero entre tanto, deja atisbar lo que verdaderamente suponen para él este conjunto de personas.

El planteamiento de Menéndez Pelayo es claro: los afrancesados no eran precisamente un ejemplo modélico de lo que se suponía había de ser un buen católico. Lo fundamenta en las actuaciones que apoyaron o promovieron, entre las cuales figuran la supresión de la Inquisición, la venta de las *Obras Pías*, la supresión de las Órdenes mendicantes, monacales y de clérigos regulares, la retirada de toda jurisdicción civil y criminal que tuviese la Iglesia y el fin de la prestación agrícola llamada *voto de Santiago* entre otros... Aparte de estas afirmaciones también es de señalar cómo los afrancesados, a los que lanza los apelativos más negativos que se pueden imaginar –sicarios, ladrones, cismáticos, tergiversadores...- son también acusados por consentir los atropellos a los bienes muebles de la Iglesia por parte del ejército francés.

Pero, aparte de esta acusación nada peregrina, añade la acusación de traidores: “[...] tomaron muy desde el principio el partido de los franceses, y constituyeron aquella legión de traidores, de eterno vilipendio en los anales del mundo, que nuestros mayores llamaron afrancesados”⁷ Lo cierto es que Menéndez Pelayo despide un verdadero sentimiento de odio profundo hacia los elementos afrancesados, por ser traidores, sí, pero sobre todo por “atacar” a la Iglesia.

Otro rasgo que cree define a los afrancesados es su pertenencia a la masonería: “desde 1808 la francmasonería, única sociedad secreta conocida hasta entonces en España, retoñó con nuevos bríos, pasando de los franceses a los afrancesados, y de éstos a los liberales”⁸

Por otra parte, define rápidamente la procedencia de los afrancesados, apuntando que eran “los cortesanos de Carlos IV, los clérigos ilustrados y de luces, los abates, los literatos, los economistas y los filántropos”⁹

Y un último apunte a señalar es la consideración de la proximidad ideológica de los llamados liberales y de los afrancesados: “si se quita el escaso número [que hubo] de los llamados liberales que por loable inconsecuencia dejaron de afrancesarse [...]”¹⁰, o “y los liberales que, andando el tiempo, fácilmente perdonaron a los afrancesados su apostasía”¹¹

En general, Menéndez Pelayo cuida hasta el extremo su estilo, del que se puede afirmar que incita a la lectura por su gran agilidad y por su terminología y usos del lenguaje cercanos a lo cotidiano pero estrictamente correctos.

No se puede afirmar esta misma opinión positiva del juicio que nos merecen sus fuentes y la justificación de sus afirmaciones. Menéndez Pelayo parece narrarnos una historia de memoria, en la que parece que se deja llevar largamente por sus pasiones y no por los hechos objetivos, puesto que aporta muy escasas citas a documentos y en general da muchas ideas pero pocos hechos históricos que las soporten.

¿Qué escuela historiográfica influye en Menéndez Pelayo? Como ya se ha afirmado, es el principal representante de la escuela nacionalista española. No se puede sino reafirmarlo a resultas de la lectura de este capítulo de su obra *Historia de los heterodoxos españoles*. El increíble odio y desafecto que siente

⁷ MENÉNDEZ PELAYO, M.; *Historia de los heterodoxos españoles. Volumen VI: Heterodoxia en el siglo XIX*; Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Madrid, 1963; página 9

⁸ Ídem, página 31

⁹ Ídem, página 9

¹⁰ Ídem, página 9

¹¹ Ídem, página 12

hacia los afrancesados por su supuesto alejamiento de la ortodoxia católica y su traición a España son sobradamente patentes y sin duda ayudaron a consolidar la visión de los afrancesados como unos traidores que se echaron en brazos de los invasores franceses que aun hoy en día se mantiene en el imaginario colectivo a pesar del cambio de visión sobre este problema histórico que afortunadamente se ha operado.

Esta obra por tanto –en lo que respecta a los afrancesados por lo menos-, está más que superada, aunque es de rigor señalar su mérito.

• Mario Méndez Bejarano: Historia política de los afrancesados –con algunas cartas y documentos inéditos-

Esta obra vio la luz en 1912, publicada por la *Librería de los sucesores de Hernando* de Madrid y consta de 431 páginas.

El autor

Mario Méndez Bejarano (1857, Sevilla – 1931, Madrid) fue político y también catedrático de literatura de instituto. Su carrera tanto como de profesor como de político fue muy amplia e interesante. En la primera de estas actividades, Méndez Bejarano fue ocupando diversos cargos administrativos y educativos y en la segunda es de destacar que en 1910 llegó a ser Diputado por las Cortes en el partido de Canalejas, aunque previamente había pertenecido al Partido Republicano¹².

En su producción bibliográfica, aparte de varios textos que concernían sobre la educación infantil –tratados, manuales de aprendizaje del francés...-, publicó algunas obras de carácter literario –tanto teóricas como de creación-. También fue conocido por ser autor de una *Historia de la Filosofía en España*. En el campo histórico que nos atañe, su producción fue desde la recopilación de las biografías de diversos poetas sevillanos hasta obras como la *Historia política de los afrancesados*.

En lo ideológico, como muy bien se suele afirmar, un autor se retrata en su tema. Méndez Bejarano refleja un profundo sentimiento patriótico que no cesa de reflejar en sus páginas. Por otra parte, desde lo estrictamente historiográfico, podemos afirmar que es un positivista. Todo ello lo trataremos de justificar en el siguiente apartado.

La obra

Historia política de los afrancesados presenta una buena configuración del problema de investigación, y un claro y amplio desarrollo del mismo.

El objetivo de esta obra, es decir, la interpretación que Méndez Bejarano realiza del problema afrancesado salta a la vista y es presentada ante los lectores en la introducción. Esta no es otra sino la de demostrar que si bien los afrancesados "*podieron acertar ó equivocarse en su actitud, en sus ideas ó en sus resoluciones, que sobre eso fallará la crítica histórica, [...] ellos no odiaron a España, no procuraron su pérdida, no pretendieron su humillación, no vendieron por dinero a sus hermanos y no echaron suertes sobre el mando de su desfallecida madre. Ni ¿cómo un buen español podría resignarse á confesar que en su suelo nacen hijos desnaturalizados [...]?*"¹³. Esto es, intenta demostrar, fuera de lo que hiciesen o dejasen de hacer en su política, que los afrancesados no eran unos traidores. Ahora bien, se cuida de demostrar ninguna simpatía ni trato de favor hacia ellos: "*A ninguna suspicacia autoriza este exordio para sospechar*

¹² Una resumida y eficaz biografía de este autor se puede consultar en <http://www.filosofia.org/ave/001/ao10.htm>

¹³ MÉNDEZ BEJARANO, M.; *Historia política de los afrancesados (con algunas cartas y documentos inéditos)*; Librería de los sucesores de Hernando; Madrid; 1912; página 5.

que proyecto apologías de los afrancesados, ni que vaya, como algunos perpetrar en privado y execran en público, á escupir sobre la frente de los héroes de Bailén, Zaragoza y Gerona"¹⁴.

Bejarano muestra un fervoroso patriotismo, un nacionalismo que le obliga a emprender el estudio de unos hombres que según él fueron de amplia valía, independientemente de sus ideales. "*Si hay empresas patrióticas en el mundo, ninguna más castiza que la de volver por la honra de su país*"¹⁵.

Así mismo deja bien claro que su intención no es crear un compendio de biografías de célebres personajes afrancesados, sino buscar e incluir ideas sobre el tema.

Podemos afirmar que concreta un buen planteamiento y por tanto una hipótesis de trabajo bien definida en su "Introito".

A partir de ahí, Bejarano dedica las siguientes cien páginas de la obra a relatar lo que se define como *Estado de España antes de la Guerra de la Independencia*; algo que se resuelve bien, y que incluye una buena parte dedicada a los aspectos económicos, sociales e intelectuales. Esto último sorprende por, a nuestro parecer, no ser tan general para la época en la que este autor escribe.

En el siguiente gran apartado del libro, titulado *Antecedentes*, se incluyen tres capítulos dedicados respectivamente a la génesis liberal, a las fuerzas conservadoras y ortodoxas y por último a los afrancesados.

Esto es, diferencia claramente estas tres posturas, pero llega a la conclusión de que tanto liberales como afrancesados eran hijos de una misma madre y que sólo los diferenciaban los medios, pero no los fines. Los liberales de Cádiz le merecen la opinión de ser jóvenes e inexpertos. Así justifica que ambos fracasen.

Y, como bien dice en su introducción, intenta rechazar la acusación de traidores. Por ello vierte opiniones como la de que "*la historia nos presenta a un grupo de honrados ciudadanos, ilustres muchos de ellos y algunos glorias imperecederas del genio español, que, tal vez con error, siempre con generosa intención, trataron de redimir a la patria*"¹⁶ ... reconociendo que buscaban el bien de España.

Este error que refiere lo encuentra en el intento de implantar el modelo revolucionario francés en España y en su excesivo amor por lo francés. Bejarano les cree unos verdaderos afrancesados en su acepción etimológica de seducidos por lo francés. "*¿Qué principios bullían en el fondo de su pensamiento, sino los dictados de la Revolución francesa? Sus ideales ¿salían de otro venero que no fuese la Enciclopedia? ¿Cuál fue su pecado capital y la causa de su estruendosa caída sino el haber redactado una Constitución francesa para el pueblo español?* Apunta, y de forma acertada, que España no estaba en condiciones de mantener ese nuevo sistema, y opina que se debió de buscar una mayor compatibilización con las viejas tradiciones arraigadas en el país.

También encuentra error en la actuación afrancesada en su poco disimulada aversión por la religión cristiana. Y ciertamente, a lo largo del libro se suceden los alegatos prorreligiosos, y se sostiene que la principal causa del alzamiento popular contra el francés está en el ataque que estos habían perpetrado contra la religión cristiana. Como vamos viendo, patria y religión son dos ideas centrales que se defienden en toda la obra.

En cuanto a la extracción ideológica –de la social se trata escasamente, se infiere que mayoritariamente elevada-, apunta lo siguiente: "*Vemos plegarse al nuevo régimen casi todos los hombres tildados de regalistas, jansenistas, volterianos ó por lo menos de afectos a la corriente innovadora y progresiva*"¹⁷. Da la impresión de que ilustrados y revolucionarios es un término equiparable para Bejarano, y de ahí apunta que provengan los afrancesados.

El siguiente gran apartado, *Los hechos*, refiere todo el proceso de la Guerra y también examina el gobierno josefino, sin acometerse en demasía el papel de los afrancesados en el mismo y los proyectos que pusieron en marcha. Sólo menciona, y de pasada, el intento que se hizo por mejorar la Hacienda Real y ciertos proyectos de ejecución de carreteras y vías navegables en Andalucía, aunque se habla de ello para ejemplificar el desmedido odio del pueblo español al benefactor José I y no como impulsos específicos de los afrancesados de su gabinete.

¹⁴ Ídem; página 6-7

¹⁵ Ídem; página 4

¹⁶ Ídem; página 185

¹⁷ Ídem; página 51

El último capítulo de este apartado narra el final de los afrancesados, el estallido del odio hacia ellos, su exilio y sobre todo, lamenta que esta situación tuviese lugar, recriminando el miedo y el deseo de venganza hacia unos hombres "*hambrientos de pan y de cielo español*"¹⁸

Por todo esto reafirmamos la coherencia interna de esta obra: no aparecen saltos acusados ni en el plano cronológico ni en el temático. Tan sólo se echa en falta la presencia de unas conclusiones que confirmen lo que presenta a lo largo de la misma y que permitan una rápida visión de lo que se ofrece en el desarrollo, algo que es un factor negativo a la hora de la utilidad de la obra.

En lo que respecta al análisis externo de la obra, podemos afirmar que es correcto. Durante todo el libro se sigue un hilo cronológico, lo que aporta una fuerte coherencia al discurso.

El estilo, si bien está muy cuidado –ausencia de reiteraciones, terminologías especializadas, de tramos confusos–, lo encontramos excesivamente refinado, literario y acaso arcaico, aun a pesar de ser conscientes de su fecha de redacción, 1912.

Aun así, Mario Méndez logra captar la atención del lector y mantener una redacción ágil, bien por su forma de escribir, bien porque salpica el discurso de lo que nos parecen anécdotas un tanto fuera de lugar¹⁹, durante toda la obra.

En cuanto a la obtención de la información, el autor hace escasas referencias bibliográficas y documentales, sino que más bien hace esporádicas citas y nombra a autores de los que transcribe su opinión, pese a que incluye un aporte de datos ingente. Las razones de no hacerlo pudiera ser que no se estilase en fecha tan temprana la costumbre de citar a otros autores y a las fuentes, pero ello no parece lógico puesto que de vez en cuando sí que lo hace.

El aporte documental de este libro es interesante y de hecho así se refleja en su título –*Con algunas cartas y documentos inéditos*–. No llegamos a aprehender si son o no novedosos, o la verdadera significación de esos documentos, pero sí que son numerosos y se presentan íntegros a lo largo del libro, aunque eso sí, no cita en ninguna ocasión su procedencia. Pese a todo creemos que el intento por acceder a nueva documentación es ciertamente notable y reseñable.

Una vez comentados todos los anteriores aspectos sólo resta preguntarnos por la escuela historiográfica en la que se mueve el autor y, por tanto, cómo afecta a la obra.

Mario Méndez Bejarano, centra su actividad desde las últimas décadas del siglo XIX hasta las primeras del XX. Por eso, y por las razones que ahora expondremos, podemos juzgarle como un positivista.

Los positivistas creyeron poder aplicar la razón hasta sus últimas consecuencias, creyendo que la Historia podía ser tratada como una Ciencia más y buscando unas reglas generales que convenientemente aplicadas pudieran explicar y razonar el pasado y el presente e incluso prever y el futuro.

El mismo Bejarano nos lo afirma en su obra: "*hay que aceptar el imperio de una ley biológica en la historia. El acaso es ciego y la marcha de la humanidad no avanza per saltum, sino gradual y progresivamente, como guiada por sabia y misteriosa mano a través de los tiempos.[...] Si los afrancesados aceptaron una misión especial en la historia, no hay que buscar su explicación en minúsculos motivos ni en ruines intereses [...], la ciencia, severa é impassible, aconseja estudiar las causas, las razones históricas de los acontecimientos.*"²⁰

La fe ciega del autor hace que confíe en que la verdad histórica siempre es alcanzable y objetiva mediante unos métodos adecuados y la documentación necesaria: "*No. La historia ha de ser imparcial. La pasión ofusca la conciencia. La verdad se oculta al ánimo impuro que llega á su altar, escondiendo bajo la devota plegaria intereses mezquinos de parcialidad ó de secta. Quiere ser amada y rehúsa sus dones á*

¹⁸ Ídem, página 345

¹⁹ Se relatan asuntos como el *Auto de fe de la Beata ciega* o, por ejemplo, se presenta una carta del conde de Floridablanca a la condesa de Montijo que trata sobre la conveniencia de estandarizar los trajes de todas las mujeres del reino.

²⁰ MÉNDEZ BEJARANO, M.; *Historia política de los afrancesados (con algunas cartas y documentos inéditos)*; Librería de los sucesores de Hernando; Madrid; 1912; página 6

los que la invocan para fines bastardos. El historiador no ha de proponerse sino esclarecer la verdad, suceda lo que quiera, no procurando violentar los hechos para el triunfo de una tesis.”²¹

Otro de los rasgos de la historiografía positivista es que hace un serio hincapié en el discurso nacionalista. Y, como vemos, ésta y las anteriores características afectan totalmente a la obra.

Valoración

Como conclusión podemos afirmar que esta obra, en su tiempo, fue un notable e importante intento por sistematizar el problema afrancesado. Tiene por tanto el mérito de haber contribuido al desarrollo y el mejor conocimiento de este tema, concretamente en la superación de la visión de los afrancesados como unos traidores y contribuyendo a que se vieses como unas personas que buscaban poner remedio a los males del país, aunque sin éxito. Sin embargo, la insistencia en el supuesto patriotismo y defensa de España y de su religión es francamente excesiva.

De todas formas el planteamiento es correcto y profundo y su desarrollo coherente y asombrosamente claro, además de que las formas externas están cuidadas.

Sin embargo, su casi centenar de años hacen que haya sido ya superada y que no sea una obra imprescindible como fuente de ideas y por su aporte al problema de investigación, aunque pueda seguir siéndolo como referencia.

Como final se puede resumir la opinión de Mario Méndez Bejarano con sus propias y elocuentes palabras: *“Los afrancesados no fueron traidores a la madre patria, sino patriotas liberales obligados a aceptar la no elegida posición en que los colocaron las circunstancias por la fatal evolución del proceso histórico”*

²¹ Ídem, página 7

EL DESARROLLO DE LAS ACTUALES INTERPRETACIONES

En las primeras décadas del siglo XX la Historia del periodo inmediatamente previo comenzó a interpretarse con otros ojos. Fueron apareciendo verdaderos historiadores profesionales, que se encuadraron a menudo en los ámbitos universitarios y que consiguieron aportar nuevos enfoques historiográficos.

Sin embargo este prometedor vitalismo se vio truncado con la nefasta ruptura que supuso la Guerra Civil y el régimen establecido por el general Franco en España.

No sería hasta varios años después de este punto de inflexión que la Historia se recuperase y comenzase a encontrarse con las nuevas corrientes surgidas en el extranjero.

Esta situación no comenzó hasta la década de los cincuenta, y aun a pesar de ello, para el tema que nos afecta fue un investigador alemán, Hans Juretschke, el que planteó una nueva interpretación del fenómeno afrancesado, a la que se le añadió pocos años después otra más, la de Miguel Artola.

A pesar de que estas interpretaciones surgieron hace ya lo que nos parece bastante tiempo siguen siendo válidas hoy en día, puesto que no ha vuelto a aparecer otra que las supere o contradiga, sino que tan sólo han aparecido nuevos giros y aportaciones al estudio del problema.

• Hans Juretschke: Los afrancesados en la Guerra de la Independencia

El autor

El hispanista alemán Hans Juretschke, fallecido en 2004, fue uno de los mayores conocedores de la realidad histórica española del siglo XVIII y XIX.

Miembro de la Real Academia de la Historia, entre su bagaje profesional figura su paso por la Universidad Complutense madrileña como profesor y catedrático y también su periplo como colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas -CSIC-.

Autor de muchas obras en lo referente a la intelectualidad española de los siglos reseñados, su más loable aportación al estudio histórico lo constituye su obra *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia*, publicada en 1962.²²

La obra

Muy a nuestro pesar, nos ha sido imposible hacernos con la obra, ni en su versión por escrito ni en una hipotética versión virtual.

Por lo tanto, lo que se va a comentar proviene de las observaciones realizadas en el desarrollo de las clases y, sobre todo, a través de las referencias cruzadas que se hacen de esta obra en otras posteriores.

Juretschke pertenece a la corriente historiográfica de hispanistas que, desde el materialismo histórico dieron un impulso clave al estudio de la Historia contemporánea española.

Esta corriente historiográfica planteaba lo material -lo económico- como motor de la Historia, concretamente a través de una supuesta progresión histórica hacia un mundo en el que las clases populares pudiesen acceder a su autogestión, desprendidas de las clases superiores, aristocráticas y burguesas.

²² Datos biográficos y profesionales en <http://www.elmundo.es/elmundo/2004/06/22/obituarios/1087901671.html>

El periodo que Juretschke estudia en la obra, es clave en esta perspectiva, puesto que en él se rompe por primera vez el Antiguo Régimen. Es decir, es un momento de cambio, en el que las clases burguesas rompen con las anteriores formas políticas, económicas, sociales... en su favor.

La aportación del autor en este sentido es la de interpretar al fenómeno afrancesado como una cara más del proceso de la revolución burguesa que se inició en 1808 con la coyuntura de la invasión napoleónica.

Si bien, esta atribución se otorgaba tradicionalmente a los diputados de Cádiz, Juretschke afirma que ya los afrancesados actuaron, paralelamente pues, en este sentido. Y por ello, interpreta muchas de sus medidas y propuestas realizadas desde el gobierno de José I como unas medidas verdaderamente revolucionarias.

Su aportación, junto a la de Artola, se considera como la base de las interpretaciones actuales del fenómeno afrancesado.

• Miguel Artola: Los afrancesados

El libro fue publicado por primera vez en 1976, contando con un prólogo a cargo de Gregorio Marañón. Sin embargo, por cuestiones prácticas y para contar con los añadidos y posteriores aportaciones de Artola a su obra se ha trabajado con la edición de 1989.

El autor

Miguel Artola Gallego nació en San Sebastián en 1923. Su trayectoria profesional como historiador ha sido muy rica e incluye diversos puestos como el de catedrático de Historia contemporánea en universidades como la de Salamanca o la Autónoma de Madrid. Es miembro de la Real Academia de Historia desde 1982 y ha recibido numerosos premios y galardones.

Su obra, en la que caben más de una veintena de libros y publicaciones colectivas es clave para entender el mundo contemporáneo actual y fenómenos tan complejos como la historia política del siglo XIX, la revolución burguesa, el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad moderna, o los fundamentos económicos de la Modernidad.

Entre su producción bibliográfica es de destacar su participación y dirección de varios compendios de Historia de España, y obras tan importantes como *Partidos y programas políticos*, *La burguesía revolucionaria*, *Los ferrocarriles en España (1844-1943)*, *Los orígenes de la España contemporánea* y un largo etcétera²³.

En lo ideológico, Miguel Artola es considerado como un historiador liberal, esto es, pertenece a una tendencia historiográfica que, en un ya *relajado* franquismo y conectando con las líneas de estudio de comienzos de siglo, pudo dedicarse a poner de realce la historia del siglo XIX español en clave de una valoración positiva de la labor del ideario liberal.

La obra

El primer asunto a tratar es la configuración de la obra, puesto que da una información esencial para interpretar y juzgar a la misma.

De un total de más de 200 páginas –sin contar los apéndices documentales y los varios índices que se incluyen- Artola dedica unas 30 páginas a su *Introducción*. Es bien sabido que lo que un autor ofrezca en el comienzo de su libro, ha de ser por coherencia un reflejo de lo que aporta en su interior. Dicho esto, el hecho de que la introducción se dedique íntegramente a hablar sobre el movimiento de la Ilustración europea del siglo XVIII y su calado y consecuencias en España debería ser suficientemente significativo para adivinar por donde se decanta la interpretación de Artola sobre los afrancesados.

²³ En la página del diario virtual El País <http://www.elpais.com/todo-sobre/persona/Artola/Gallego/Miguel/5531/> aparecen varias entrevistas y noticias de interés que incluyen datos biográficos y bibliográficos sobre este autor.

Tras esta *Introducción* se abre la sucesión de capítulos que conforman el libro. El primero de ellos se titula *La ideología afrancesada*, y es realmente el más interesante de toda la obra puesto que toda la interpretación sobre el fenómeno afrancesado se incluye en estas 26 páginas. Los siete capítulos restantes se dedican a demostrar lo afirmado en el primero de ellos, y son el verdadero cuerpo de la obra.

Así pues el planteamiento y la hipótesis de trabajo para el problema de investigación que suponen los afrancesados se exponen indirectamente en la *Introducción* y ya directamente en el capítulo I. La obra no presenta unas conclusiones que cierren y reafirmen lo dicho en el texto, pero lo cierto es que se podría pensar en el capítulo I como unas conclusiones, puesto que en ellas está todo el resumen de la interpretación que se defiende. Esta configuración es un poco chocante, pero en honor a la verdad se ha de reconocer su buena funcionalidad.

La interpretación del problema histórico afrancesado gira por tanto en torno a una idea principal: la orientación política de estos hombres sería la propia de los ilustrados. La explicación sería la siguiente: las ideas del Despotismo ilustrado, tan desarrolladas en el reinado de Carlos III, se ven coartadas de nuevo por las viejas ideas absolutistas en el reinado de su hijo Carlos IV y aun más, ven cómo llegan unas nuevas doctrinas revolucionarias procedentes de Francia: las del liberalismo. La llegada de un detonante externo, la invasión francesa, determinará la aparición de las tres en el estrado político español.

Los afrancesados encarnarían ese partido ilustrado, que vería como los grupos absolutistas y liberales le presionarían en clara alianza contra él: *"Absolutistas y liberales se unirán a pesar del antagonismo interno que los separa, para no constituir más que un solo cuerpo de resistencia frente al invasor, en tanto que los carlotercistas intentarán armonizar hechos irreductibles, antagónicos, dando origen al partido de los afrancesados"*²⁴ Y por tanto la intentona afrancesada *"no es más que el cadáver de una doctrina en lucha"*²⁵

Por tanto, Artola deja clara el origen y las motivaciones políticas afrancesadas, pero añade que si bien es el espíritu ilustrado el que impulsa a estos hombres *"más que de continuidad [con los ilustrados carlotercistas] puede hablarse de identidad"*²⁶ Y afirma que este fenómeno de pervivencia de una doctrina política ya superada en toda Europa es semejante a lo que Spengler califica de *seudomorfosis histórica*.

Para justificar estas afirmaciones el autor trata en varias páginas sobre lo que califica de *Motivos de los afrancesados*. Se señala que, la Ilustración no supo despojarse de la idea tradicional de rey ni valorizar suficientemente la nueva concepción de estado soberano, y que, efectivamente, *"el afrancesado [...] consecuente con su ideología, carece de fidelidad a la dinastía y a la figura del rey, y aunque conserva la idea monárquica, la valora por bajo del naciente concepto de Estado"*²⁷. Esta afirmación, además, es una defensa de la idea de la invalidez de la tesis de los afrancesados como traidores que hemos visto ya refutada desde la obra de Mario Méndez Bejarano.

Artola defiende que los afrancesados tan sólo se preocuparon de buscar el bien de la nación, a diferencia de los liberales, que además trataron de definir exactamente el contenido conceptual y real de dicho término.

Como principios doctrinales de los afrancesados, cita tres fundamentales, que se infieren de sus afirmaciones previas: monarquismo, oposición a los avances revolucionarios y necesidad de reformas políticas y sociales.

En lo que denomina *motivos de tipo histórico* señala que los afrancesados continuaron la tradicional idea de la alianza con Francia frente a Inglaterra, intentando obtener del hecho consumado de la dominación francesa *"todas las ventajas posibles a favor de la independencia y libertad de la nación, apoyados en razones de conveniencia política"*²⁸ Pero no es que se viese con buenos ojos la tutela francesa, los afrancesados la odiaron tanto como los liberales y los absolutistas, pero simplemente intentaron salvar lo posible de la situación.

²⁴ ARTOLA, M., *Los afrancesados*; Editorial Alianza; Madrid; 1989; página 32

²⁵ Ídem; página 46

²⁶ Ídem; página 32

²⁷ Ídem; página 46

²⁸ Ídem; página 51

Esto que se intentó obtener lo encuadra Artola bajo el nombre de *Motivos de conveniencia nacional*, e incluye el intento por detener una guerra inútil y funesta contra el entonces ejército más poderoso de Europa y en segundo lugar se señala la necesidad de mantener una administración formada por miembros españoles y no franceses. Todo esto se acompaña de abundantes textos de afrancesados, la mayor parte compuestos en mor de su defensa, y que demuestran las afirmaciones del autor.

En resumen, y para finalizar esta idea central del libro, Artola defiende que la eliminación del partido afrancesado, que ocupaba un espacio mediador entre liberales y absolutistas dejó *“a España sometida [...] a una oscilación periódica entre los dos extremismos triunfantes. En consecuencia, durante el siglo XIX los furios demagógicos sucederán a los excesos reaccionarios, y éstos a aquellos, sin que el país logre encontrar el equilibrio, definitivamente perdido en estos años de guerra. La historia entera del siglo XIX español viene predeterminada desde 1808”*²⁹ Esta idea nos parece de un verdadero interés.

Otras disquisiciones y aportaciones de Artola al conocimiento del problema son las siguientes: superando la visión de Bejarano de un afrancesamiento intelectual, Artola lo niega y reafirma que de afrancesados tenían bien poco de *afrancesados*, y lo justifica a través de su planteamiento de unos afrancesados ilustrados, que no muestran las ideas revolucionarias liberales surgidas pocos años antes en Francia.

Por tanto, su afrancesamiento fue político y material, pero el autor reconoce la necesidad no bien abordada hasta el momento en el que escribe de afirmar que *“este es un fenómeno muy complejo [...] y, sin embargo, hay muchas observaciones que hacer antes de admitir semejante sentencia”*³⁰

Además, Artola distingue a los que denomina *juramentados* y que considera como los funcionarios y pequeños propietarios que acataron a las nuevas autoridades de los verdaderos afrancesados, que estarían formados por *“aquellas gentes que se unieron voluntariamente a José para apoyarlo en sus proyectos reformistas y seguirle en su política”*³¹

Otro apunte de interés es el del cálculo del número de afrancesados que existió, para el que se citan cálculos de Llorente y de la época, y que sitúan su número en unos 12.000, haciéndolo derivar del número de personas que se exiliaron con la derrota de las armas francesas.

Volviendo de nuevo al problema de la acusación de traidores, Artola ve clara la falsedad de esta acusación histórica, y aporta muchos testimonios y documentos para invalidarla. También cree falsa las acusaciones de enriquecimiento y de promoción social que cubrieron a los afrancesados, y afirma que más bien ninguno de ellos –a excepción de algunos individuos- lo hicieron sino que más bien vivieron en un estado casi de miseria. Creemos que aunque Artola acierta, debería dejar claro que si la mayor parte de los afrancesados no aprovecharon en beneficio propio la nueva coyuntura sí que lo debieron hacer muchos de los que denomina *juramentados*. Lejos está de nuestro objetivo demostrarlo, pero creemos que, como en tantos otros conflictos y situaciones extremas no faltarían quien aprovecharse para medrar y abusar de sus convecinos mediante la búsqueda de la amistad con el invasor o de la nueva autoridad.

Todo este capítulo I, tan interesante y lleno de afirmaciones que aun hoy en día se mantienen, se ve continuado por el resto de la obra. Si bien lo afirmado en este primer capítulo es de un carácter teórico y aseverativo, el resto del libro lo constituye el relato continuado desde los sucesos de Aranjuez y Bayona hasta la llegada del exilio a Francia.

La mayor crítica que nos podemos permitir hacer es la de que muchas veces el tema motivo de la obra parece desvirtuarse y la lectura se vuelve incluso tediosa. Si bien los problemas del gobierno afrancesado y de sus miembros están bien relatados, hay una gran atención en la figura del rey, ya no como jefe del gobierno sino que Artola llega a hacer un relato pormenorizado de sus miserias y atribulaciones, lo que puede parecernos fuera de lugar.

Por tanto la acción del gabinete afrancesado se centra excesivamente en su relación con el rey y, sobre todo, una idea aparece constante, la de los problemas financieros del gobierno y sus desesperados intentos por evitar que Napoleón rompiera la integridad del país.

²⁹ Ídem; página 57

³⁰ Ídem; página 38

³¹ Ídem; página 39

No logramos relacionar del todo este relato con el estupendo primer capítulo, ni con las motivaciones que se definen para los afrancesados de: monarquismo, oposición a las teorías revolucionarias y búsqueda de las reformas sociales y políticas. Las ideas están ahí, pero parece que subordinadas al discurso de, repetimos, las miserias del rey José, la integridad del territorio nacional y la búsqueda desesperada de fondos.

Entre los conceptos que aparecen en este desarrollo de la obra se encuentra el de nación. Si bien se afirma que este concepto era vago para los afrancesados, se encuentra diseminado en varias ocasiones. De esta forma se afirma que: *“Esclava o libre, España será una unidad. El país acaba de descubrir que constituye una entidad singular e indivisible. La conciencia nacional, dejando el estado de nebulosa, pasa a encarnar el alma de todos los españoles”*³² o cita una carta de Urquijo a Azanza –ambos ministros afrancesados- en la que se dice *“La urgencia de una decisión [sobre la unidad del reino] es tal, que perecemos, nos arruinamos y no somos nación”*³³ o más elocuente aún, se cita lo que una embajada de la Sociedad de Amigos del País –una de las instituciones ilustradas por excelencia- expuso ante el rey José: *“Únicamente la nación, si emplea útilmente sus recursos, puede impedir un gran desastre... Que el deseo general se exprese legal y enérgicamente; entonces la reunión de todos los españoles asegurará la amenazada existencia de la nación, su integridad y su independencia. ¡Las Cortes, Señor; las Cortes Generales!”*³⁴. Lo cierto es que la cuestión del mantenimiento de la integridad del territorio nacional ocupa buena parte del discurso interno de la obra.

En cuanto al apuntado interés afrancesado por las reformas, Artola centra sus disquisiciones en torno a la cuestión de la reforma hacendística y fiscal, en medio de un gobierno acuciado por la falta de recursos. La petición de estos recursos a Napoleón y el intento de que no se enviase riqueza a Francia son también tratados ampliamente. En cuanto a otras reformas, de carácter social, educativo, religioso etcétera se habla poco, si bien se da a entender que de la penosa situación del gobierno afrancesado poco se podía esperar.

Muy poco o nada se habla de la relación entre el gabinete y las instancias inferiores –locales o provinciales- del aparato estatal, no se habla de la relación con los funcionarios. Sí es cierto que se afirma que el conjunto del aparato estatal se mantuvo, puesto que se afirma que existe *“un gobierno con una nube de empleados, que no se ha reducido a pesar de las circunstancias”* y también se asevera que el verdadero radio o poder de acción del gabinete fue escaso y que se fue reduciendo con el tiempo a prácticamente el control de Madrid y de sus alrededores.

La figura del rey José, como ya se ha apuntado, queda ampliamente tratada. Las conclusiones a las que se nos hace llegar son las de un rey atormentado, de estabilidad emocional débil y que tuvo poca iniciativa: *“una carta a su esposa [...] prueba hasta el último extremo la irreflexión y la inconsciencia de que fue durante cinco años monarca español, y que, una vez perdido el reino, se deshacía de él con toda tranquilidad”*³⁵. Se resalta también la poca condescendencia hacia sus antiguos simpatizantes después de derrotado, aunque Artola señala casi inmediatamente cómo intentó mediar ante su hermano para que se les concediesen ayudas y subsidios para sobrevivir. Esta visión del rey José I nos llama poderosamente la atención, por haber personalmente mantenido una visión positiva del mismo, por lo que nos quedaría como solución revisar otras opiniones de otros autores, pero el asunto se escapa de los presupuestos de este trabajo.

Artola también ofrece un relato de la experiencia del exilio, que si no demasiado largo y extenso aporta una visión general del mismo. También trata de la respuesta ideológica de los afrancesados a las acusaciones de sus compatriotas de traición.

Poco más queda por decir sobre la interpretación del problema afrancesado, pero sí queda por interpretar el análisis interno y externo de la obra.

Ya hemos dicho cómo se ha planteado correctamente una hipótesis de trabajo, pero parece que no queda tan clara su defensa dentro de la obra, o por lo menos, reconocemos la existencia de un discurso que a veces no tiene del todo que ver con los objetivos marcados previamente. La cuestión de la

³² Ídem; página 125

³³ Ídem; página 151

³⁴ Ídem; página 201

³⁵ Ídem; página 208

ausencia de unas conclusiones que completen la visión ya ha sido comentada, y no parece que hagan de menos al interés y al planteamiento correcto de *Los afrancesados*.

A pesar de ello la obra presenta un desarrollo cronológico que aporta una lógica clara al discurso. El desarrollo no es simplemente descriptivo, sino que Artola usa unas pautas interpretativas y críticas a lo largo de la obra que demuestran la valía de este autor.

Generalmente las citas y las fuentes y referencias a otros autores abundan y son correctas, y parece que el uso de documentos y testimonios ha recibido un fuerte interés de Artola para fundamentar su obra, puesto que se observan numerosos ejemplos de cartas –son de señalar las de Napoleón y José I, las del embajador La Forest a Napoleón y las que se cursaron entre sí los afrancesados-, y también el acceso a los fondos documentales estatales tanto franceses como españoles. Sin embargo no es difícil sopesar la verdadera nueva aportación documental que ofrece Artola en su obra.

En cuanto al análisis externo poco se puede objetar. El estilo y la redacción están muy cuidados, no presentan una complejidad terminológica, por lo que su lectura es fácil y ágil.

Valoración

Los afrancesados es una obra que presenta novedosas e interesantes aportaciones a la investigación de este problema histórico. Su visión de unos afrancesados como unos continuadores de las ideas del *Aufklärung*, que les posicionaría en medio de las rompedoras formas liberales y las tradicionales absolutistas, y las implicaciones que su derrota por estas dos fuerzas supusieron para la evolución de la España del siglo XIX y también desafortunadamente del XX son muy interesantes y hoy por hoy, junto a la visión de Juretschke, es una de las visiones más aceptadas sobre los afrancesados.

El planteamiento de este libro es correcto, aunque encontramos un cierto desviamiento respecto de lo que supone el problema de investigación durante el transcurso del grueso de la obra.

De esta interpretación de Artola cogimos la escuela historiográfica a la que pertenece; como se ha dicho previamente, Artola es un historiador liberal.

Pese a lo relativa de la definición, no es posible encuadrarle -al menos a la luz de esta obra- en ninguna otra corriente historiográfica; su sesgo ideológico no le identifica a la cuadratura y distorsión que los historiadores franquistas ofrecían ni a los rasgos de un historiador de la escuela marxista.

Y esto es porque si bien estudia en clave positiva a un grupo de personas que la historiografía franquista se había ocupado de difamar y oscurecer, no vemos que aplique ningún presupuesto de investigación en clave marxista, puesto que poco o nada brillan los aspectos económicos en la explicación que Artola ofrece del fenómeno afrancesado.

LAS ÚLTIMAS APORTACIONES

Tras las obras clave de Juretschke y de Artola sobre los afrancesados no se ha vuelto a realizar una interpretación que difiera radicalmente de las que ellos defendieron.

Sin embargo, se han publicado varios estudios que aportan más documentación e información para comprender el problema, se ha profundizado en el conocimiento de la etapa del exilio y también se ha empezado a acometer el estudio de los afrancesados en su actuación a nivel local.

De entre estos estudios se deben destacar dos: el de Luis Barbastro Gil y el de Juan López Tabar.

• Luis Barbastro Gil: Los afrancesados. Primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)

Esta obra fue publicada en 1993 en el marco de una de las instituciones del CSIC: el Instituto de Cultura "Juan Gil Albert". Su autor no ofrece una visión completa de la actuación afrancesada sino que se detiene en los aspectos que más le interesan resaltar, destacando el del exilio.

El autor

Pese a los esfuerzos por lograr conocer algo sobre la trayectoria personal y profesional de Luis Barbastro Gil, no ha sido posible resolver con éxito esta tarea.

En espera de resolver esta incógnita, poco se puede decir de este historiador, sino que parece estar dedicado al estudio del periodo de quiebra del Antiguo Régimen español -1808-1833-, especialmente en el ámbito de estudio de Valencia. Entre sus obras figuran además las siguientes:

- El clero valenciano en el Trienio liberal (1820-1823): esplendor y ocaso del estamento eclesiástico.
- Revolución liberal y reacción (1808-1833): protagonismo ideológico del clero en la sociedad valenciana.

En cuanto a lo ideológico, y basándonos exclusivamente en lo que Barbastro Gil expone en la obra que vamos a analizar, podríamos advertir en este historiador tendencias historiográficas posmodernistas que trataremos de justificar más adelante.

La obra

Barbastro nos ofrece en su Introducción unos planteamientos de investigación claros y a los que, como veremos, se ciñe a lo largo de su obra. Es decir, se nos plantea un acercamiento al problema afrancesado observándolo desde la perspectiva del exilio en territorio francés.

La hipótesis de trabajo es la de un estudio del exilio, que queda bien reflejada en estas líneas, afirmándose que *"la emigración de los afrancesados en 1813 no puede enjuiciarse sino como un exilio político, como un precedente en la historia contemporánea de España: el triste precedente de sucesivos exilios"*.³⁶

³⁶ BARBASTRO GIL, LUIS.; *Los afrancesados: Primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*; Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert" (Diputación de Alicante); Madrid; 1993; página 8

Pero también se plantea un análisis general del fenómeno afrancesado. Se sostienen unas motivaciones estrictamente políticas para la actuación afrancesada y por supuesto se niega la tesis de la traición a la patria, y se afirma seguir en ello las aportaciones de Jover, Artola, Mercader y Fontana. A partir de estas premisas Barbastro realiza su aportación al conocimiento de nuestro problema de investigación.

De los tres capítulos en que se divide la obra, el primero de ellos se dedica a un relato general de cómo se desarrolló y de lo que supuso el exilio tanto para los propios afrancesados como para el gobierno francés y el español.

Esta interesante y novedosa aportación incluye un recuento del número de afrancesados que salieron, para el que se mantienen las tesis de un número en torno a las 12.000 personas. A partir de ahí, y apoyándose en una abundantísima documentación, Barbastro crea una visión del exilio que incluye el estudio de la dispersión geográfica y temporal de los exiliados, su lucha por el sustento y las ayudas que recibieron del gobierno francés y que también incluye el relato de las tiranteces entre los gobiernos español y francés, que pugnaban por, el primero dejar el problema en suelo francés, y el último por alejarlo de sus fronteras.

Se estudia la relación de los móviles que hicieron que Francia recibiese a lo largo del siglo XIX sucesivas oleadas de exiliados, y se defiende que esta situación fue fruto de la presión diplomática española, sin olvidar el polo de atracción que supuso Francia en el siglo XIX como espacio de revoluciones y patria anhelada de románticos, liberales y demócratas.

Un último aspecto interesante a señalar es que Barbastro no se detiene, como por ejemplo Artola en su obra, en el relato del exilio afrancesado con el Decreto Real de 1820 que permitía la vuelta a España de estas personas, sino que comenta –aunque de forma breve- el influjo de su ideario en el Trienio Constitucional y más aun su actuación en contra de la Regencia de María Cristina tanto dentro de España como en Francia en colaboración con los liberales.

El segundo de los capítulos se titula *Extracción social de los afrancesados*. Se alude a Artola para justificar su acuerdo con él a la hora de establecer la procedencia afrancesada. Pero la peculiaridad de su aportación es que realiza su estudio basándose en los exiliados en Francia.

Barbastro concluye que fueron los políticos y los funcionarios civiles el grupo de afrancesados más numeroso -79%-, lo que le sirve para apoyar su tesis inicial: "*se trata por tanto de un dato sumamente esclarecedor, pues pone al descubierto cómo el fenómeno del afrancesamiento fue, ante todo, una opción política*"³⁷

Después se trata sobre los militares, que estima en un número de 3.000 y sobre los que afirma que en general estuvieron mejor atendidos por la administración francesa que los civiles.

El siguiente grupo sobre el que se emite opinión es el de los eclesiásticos. Este aporte es de reconocer, puesto que como el mismo autor afirma "*el afrancesamiento de eclesiásticos españoles, [es un] fenómeno desconocido o poco valorado historiográficamente*"³⁸ Se señala una extracción del clero medio y alto, y se apunta a que muchos bebían de ideas jansenistas y regalistas, influidos a veces por la *Constitución civil del clero* francesa.

A continuación se hacen diferentes disquisiciones sobre los aristócratas, los hombres de letras y los negociantes y propietarios.

En resumidas cuentas, Barbastro cita al final del capítulo una carta del embajador Laval para ejemplificar lo que pretende expresar: "*[entre ellos] se hallan grandes propietarios, hombres de talento, y aquellos que gobernaban en 1808*"³⁹

Ahora bien, se podría criticar al autor el hecho de que parezca hacer asumir al lector la idea de que la extracción social afrancesada en el exilio era la misma que durante la Guerra, algo que no demuestra.

También la escasa atención a lo que denomina "*una porción difícilmente conmensurable de personas de extracción humilde*"⁴⁰, entre las que incluye a algunos artesanos, muy pocos agricultores, obreros,

³⁷ Ídem, página 32

³⁸ Ídem, página 39

³⁹ Ídem, página 52

⁴⁰ Ídem, página 31

empleados de la administración de escalas inferiores además de personas provenientes de la marginación: parados, vagabundos, timadores, jugadores de azar, prostitutas...

En la tercera parte de la obra, Barbastro aborda un estudio general sobre el fenómeno afrancesado –basado en su estudio de los archivos franceses, algo que hemos de tener en cuenta- bastante interesante y que aporta un nuevo giro a la interpretación de Artola.

De esta forma, se defiende una fisonomía de los afrancesados como adheridos a José I por convicciones ideológicas o como los que lo hicieron por colaboracionismo u oportunismo, los que Artola denominase *juramentados*. También sigue a Miguel Artola en su creencia de unos afrancesados como unos verdaderos patriotas que anhelaban el progreso y la reforma de España.

Las nuevas aportaciones serían las siguientes:

- Se hace un análisis algo más exhaustivo que los vistos anteriormente sobre los planes de reforma que intentó abordar el gobierno josefino centrándose en la Hacienda y relatándose la ejecución de la primera desamortización. Para esta desamortización se defiende una necesidad hacendística, pero también política, puesto que señala que sus beneficiarios fueron ante todo franceses y los miembros españoles del partido de José I. Se defiende que así se buscaba recompensarlos y ampliar la base de apoyo, pero también se señala que muchos se enriquecieron, lo que les permitió vivir una vida desahogada en su exilio.

También se alude a las reformas de la instrucción pública, de la judicatura y sobretodo las religiosas: *"en contraposición a la ineficacia de algunos de los proyectos expresados, la Iglesia española fue la institución sobre la que cayeron como hachazos los decretos josefinos. Abundante y decisiva fue, en efecto, la legislación de tipo religioso promulgada por José I [...]"*⁴¹

- La existencia de un reducido grupo de personas que se adhirieron al régimen por expresa admiración de Napoleón y de los franceses
- El análisis de la relación afrancesados-liberales
- El estudio del afrancesamiento valenciano
- Las raíces históricas del afrancesamiento
- Las apologéticas de los afrancesados en su propia defensa

Pero de toda la disertación del capítulo lo más interesante es la siguiente opinión que vierte, que dejamos expresada en sus propias palabras por su elocuencia y claridad: *"Dos puntualizaciones es preciso hacer, a este respecto, en torno al afrancesamiento como compromiso doctrinal y político: por un lado, la fragilidad de la interpretación de los afrancesados como herederos e hijos del Aufklärung, que consideramos generalizadora y reductiva; por otro, la indiscutible heterogeneidad ideológica de los afrancesados, aparentemente idénticos por su misma adscripción política. El afrancesamiento se nos muestra, según deducimos de la documentación exhumada, no como una formación monolítica –hecho que tampoco se dio en el liberalismo-, sino más bien como un cuerpo poliédrico"*⁴²

Esta afirmación no se vierte a la ligera, sino que se deduce de todo lo que se afirma en el capítulo y de ciertos ejemplos de afrancesados muy expresivos, como el del clérigo Félix José de Reinoso o el de Fr. Miguel de Santander.

El libro se remata con una conclusión breve, pero que da el punto final a todo el planteamiento del trabajo pues en ella se resume lo expuesto previamente.

Por ello podemos afirmar que la estructura interna de la obra de Luis Barbastro Gil es más que correcta y eficiente. Es coherente con lo que plantea y con lo que se concluye.

El desarrollo, aunque no cronológico –se empieza relatando el exilio- obedece más bien a la intención no de hacer una obra exhaustiva sino de centrarse en los aspectos más convenientes de relatar. Lo expuesto sigue una línea descriptiva, pero orlado de apuntaciones de carácter interpretativo y analítico que ayudan a apoyar la veracidad o al menos ofrecer unos fundamentos sólidos al relato.

Entrando en este último aspecto podemos afirmar que, aparte de que Barbastro cita correctamente y que alude a otros autores cuando lo considera necesario, hace un aporte muy

⁴¹ Ídem, página 64

⁴² Ídem, página 68

importante y novedoso de documentación, puesto que la mayor parte ha sido obtenida de los archivos parisinos: *Archives Nationales*, *Archives du Ministère des Affaires Extrangères* y *Archives de l'Armée: Chateau du Vincennes*. Buena parte de la obra está dedicada a ofrecer un Apéndice documental. El mismo autor lo reconoce en la Introducción cuando afirma que "*si algún mérito pudiera adjudicarse este trabajo, tal vez sería el haber tenido acceso a las fuentes documentales más ricas sobre los afrancesados, conservadas en los archivos de París*"⁴³

En lo que al análisis externo respecta no se puede sino reconocer un estilo y una redacción bien cuidados que logran que el lector realice una lectura especialmente rápida y atrayente de la obra.

La orientación historiográfica de esta obra, como ya se ha señalado, denota tendencias que obedecen a la llamada corriente posmodernista.

Pese a la indefinición de esta corriente, y por tanto, mayor problema para ubicarla e identificarla, podemos afirmar una serie de rasgos que apoyarían nuestra afirmación:

- En primer lugar, se puede hacerlo por lo que podríamos burdamente llamar método de eliminación: una obra como ésta, de relativa novedad -apenas quince años- y que no presenta ningún tipo de planteamiento de interpretación historiográfica perteneciente al materialismo histórico, no puede sino ser adscrita a la posmodernidad.

- Pero, sobre todo, ofrece ciertos rasgos en su interior que la definen como tal: se puede señalar en primer lugar el retorno que hace a la llamada *historia política*, con sus implicaciones en lo que tiene de recreación de un nuevo enfoque en lo que a una *historia de las élites* respecta.

- También es de remarcar como Barbastro Gil, y el resto de autores de esta nueva corriente son conscientes de que aunque ofrecen unas perspectivas novedosas, no han roto con los materialistas históricos, puesto que no han roto de plano con esta otra corriente y saben el gran avance que supuso su labor al conocimiento histórico. Por ello Barbastro no tiene inconveniente en decir que su interpretación sigue en lo básico a autores como Jover, Artola, Mercader y Fontana.

- Otro rasgo de interés es el comprobar que el autor afirma -indirectamente- no creer la Historia como un proceso lógico y predecible. En este sentido va su interpretación de los afrancesados: si bien eran entraban dentro del campo ilustrado -como afirma Artola-, no afirma que este grupo fuera monolítico, poniendo de realce las diferentes posiciones de cada uno de ellos, tanto en lo personal, como en lo ideológico, que hicieron que acabaran terminando en ese grupo.

- En esta línea de la posmodernidad que afirma que lo racional no es lo único que da fuerza y dirección a la historia, Barbastro parece dar importancia a las motivaciones íntimas y personales -y por tanto reconoce que en ellas no siempre rige la racionalidad sino la irracionalidad-, esto es, se concede relevancia a lo emotivo y a los sentimientos.

- De esta forma, aparecen retazos de lo que se ha denominado *microhistoria*, la historia vista no desde lo absoluto sino desde su misma base, el individuo. Así, aparecen unas breves biografías de dos eclesiásticos afrancesados: Félix José de Reinoso y Fr. Miguel de Santander.

- Otro rasgo de la corriente posmoderna es el acercamiento científico -y ya no puramente de pseudoerudición por parte de individuos ajenos al estudio de la Historia de forma profesional- a la historia local. Buen ejemplo de ello es el análisis que aparece en esta obra sobre el afrancesamiento valenciano.

- Quizá se podría apuntar, aunque reconociendo nuestra falta de preparación para señalar este apunte, que Barbastro hace pues un esfuerzo por aunar microhistoria e historia local en una síntesis más general del problema de investigación. Este aparentemente irrelevante acto debería merecer su reconocimiento, puesto que no siempre en el panorama actual se está pasando del nivel local a uno de síntesis más general.

⁴³ Ídem, página 9

Valoración

En resumidas cuentas, esta obra, si bien sigue la interpretación de Artola del problema afrancesado no se limita a aceptarla sin más sino que profundiza lo suficiente como para poder enriquecerla y, porqué no, criticarla.

Este aporte la haría suficientemente interesante de por sí, pero además añade una eficaz visión del exilio afrancesado y de la extracción social de los exiliados, y todo usando predominantemente documentación novedosa de los archivos franceses.

Por todo ello es de justicia reconocer en esta todavía joven obra su interés y el aporte que ha hecho al estudio del problema afrancesado.

- **Juan López Tabar: Los famosos traidores: los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)**

Los famosos traidores, los afrancesados durante la crisis del antiguo régimen (1808-1833) de Julián López Tabar, publicado en 2001 en la colección de historia de la Editorial Biblioteca Nueva, ofrece una amplia visión del problema afrancesado, desde sus orígenes, pasando por el exilio y su posterior retorno e influencia en la década ominosa.

El autor

Sobre López Tabar, como ya pasase con Barbastro Gil, encontramos escasa información, breves referencias lo más, que dificultan mucho su ubicación tanto profesional, como científica o ideológica.

Basándonos en las breves reseñas encontradas, sabemos que Juan López Tabar es doctor en historia por la Universidad de Navarra y especialista en la España del S.XIX. La otra reseña, anterior en el tiempo a la publicación de este libro, nos dice que se encuentra realizando sus estudios doctorales acerca de los afrancesados en el Antiguo Régimen, un trabajo que imaginamos en su gran mayoría se incluya en la obra.

Además de esta obra, López Tabar cuenta con sendos artículos relacionados con los afrancesados:

- López Tabar, Juan, "Los medios de captación del Régimen Josefino. La propaganda afrancesada", *La Revolución liberal. Congreso sobre la Revolución liberal española en su diversidad peninsular (e insular) y americana*, Madrid, abril de 1999, ed. Alberto Gil Novales, Madrid, Ediciones del Oro, 2001. (Colección: Anejos de la revista *Trienio. Ilustración y Liberalismo*, nº 5), pp. 27-45.

- López Tabar, Juan, "Cartas de Sebastián Miñano a Félix José Reinoso" (1837-1841)", *Trienio*, 45 (2005), pp. 113-188.

En cuanto a su ubicación ideológica, podemos hablar de un autor postmoderno.

La obra

Ya desde la introducción el planteamiento de la obra es claro, el objetivo de la misma es "*no solo analizar la trayectoria de los afrancesados durante la guerra, sino acompañarlos al exilio, regresar y analizar su importante papel político, administrativo, ideológico y cultural que van a desempeñar durante el trienio liberal y la última época fernandina*".

Además de esto, se plantea el interrogante de "*¿Quiénes fueron los afrancesados?*", afirmando que, pese a que autores como Barbastro Gil o Mercader Riba habían dado algún paso en ese sentido, él pretende ir más allá, dotar de un nombre a cada una de las 4.200 personas que se sabe, a ciencia cierta, fueron afrancesadas. Por último finaliza con un recuerdo (casi una disculpa) a aquellos afrancesados que, por ahora, siguen sin tener nombre ni rostro, y han de permanecer en el más triste de los olvidos.

El planteamiento se sigue con coherencia a lo largo del libro, que de hecho se estructura de acuerdo a las distintas etapas que viven estos personajes, en estricto orden cronológico:

I. Paz en la guerra (1808 – 1813): este primer capítulo habla del reinado de José I y sobre aquellos personajes que participaron o colaboraron con el mismo. Además, presenta una amplia exposición de las personas que compusieron cada ministerio, ardua tarea, puesto que, en algunos casos, llega a aportar hasta nombres de archiveros o secretarios de poca categoría.

Concluye con 3 apartados dedicados a los que posteriormente serán algunos de los más importantes y activos de entre los afrancesados: los militares, el clero y la nobleza.

Con respecto al clero, destacar que considera que es un tema poco estudiado y que merecería mayor atención, no así por la cuantía, sino cualitativamente, puesto que gran parte de los clérigos josefinos eran de alto rango en la jerarquía eclesiástica.

Es en este capítulo cuando comienza un fenómeno que se repite a lo largo de la obra, el dedicar un apartado del mismo a las obras o literatura de los afrancesados en el momento, con amplias referencias y extractos de las mismas

II. El exilio (1813 – 1820): el 2º capítulo es, en nuestra opinión, el de mayor interés en la obra.

Mediante una amplia labor de investigación, y ayudado, como dice en la introducción, por los trabajos previos de Barbastro y Mercader, aporta no solo cifras exactas de exiliados, sino, en muchos casos, además su lugar de ubicación, movimientos dentro del territorio francés e incluso testimonios de algunos de ellos.

El planteamiento de este capítulo nos resulta sumamente interesante, y es en gran medida el que vemos en toda la obra. López Tabar habla en primer lugar de Fernando VII y la expulsión de los afrancesados, pero no criticándola, sino analizando las circunstancias del momento, y casi dando a entender que era una de las pocas soluciones posibles.

Sin embargo, terminada esta reflexión, inicia otra desde el otro punto de vista, el afrancesado, a cuya conclusión tenderemos a pensar justo lo contrario ante, lo que parece, fue una gran injusticia.

¿Cómo es esto posible? López Tabar juega (y muy bien, por cierto) con todas las circunstancias del momento, sabiendo incluir los argumentos de los más acérrimos defensores de la expulsión de esos "traidores" a la vez que los argumentos en defensa de los afrancesados, dando, en conclusión, una imagen de que tanto Fernando VII, como los afrancesados, llevaban razón y a la vez se equivocaron.

Uno de los apartados más logrados de este capítulo es el de los afrancesados en Francia, donde plantea todos los problemas que plantearon para un estado francés que se debatía entre acoger a aquellos que habían defendido su causa en el pasado (y a los que, obviamente, no podían dejar de lado) y los gastos y problemas que esto les acarrearía, incluyendo problemas diplomáticos con España, generalmente relacionados con los continuos intentos de negociación del exilio por parte del embajador francés.

Finaliza el capítulo con la ya mencionada cuestión de la literatura afrancesada, y una breve descripción de la vida diaria en el exilio.

III. La España del trienio (1820 – 1823): el capítulo referido a la España del trienio describe en primer lugar como fueron los detalles de la amnistía decretada para los afrancesados, para después centrarse en la obra de éstos (principalmente literaria o de prensa) y en los que llegaron a ocupar algún puesto de relevancia.

Este capítulo es en su mayoría meramente descriptivo, analizando cómo y mediante qué medios los afrancesados se expresaban en España, narrando por ejemplo la vida de periódicos como "El imparcial" o "El universal".

Quizás sea el final de este capítulo lo que revierta más interés, ya que muestra la evolución ideológica de los afrancesados, de un entusiasmo y afán colaborador en 1820, a la decepción que sienten en 1822, una vez radicalizado el gobierno, que lleva no solo al cierre de gran parte de sus periódicos (incluidos los más importantes) sino a que algunos de ellos decidan volver voluntariamente al exilio francés.

IV. La hora de los afrancesados (1824 – 1833): como su título indica, es ahora cuando algunos de los afrancesados acceden a puestos de cierta relevancia en el poder.

El autor en este caso, más que plantearlo desde el punto de vista de sus acciones de gobierno, lo hace desde la oposición a los mismos, desde los grupos más recalcitrantemente opuestos a los afrancesados, que no dudan en seguir difamándolos pese a que ya habían obtenido, en mayor o menor medida, el perdón general.

Otro aspecto importante es el exilio de los liberales, en este periodo, que dejó a los afrancesados como los únicos aspirantes a remover el inmovilismo instalado de nuevo en España y, tras unos meses de cierta cautela, saldrán de su anonimato y dejarán de ser meros espectadores para pasar a la acción, más cuando algunos de ellos habían accedido a los aledaños del poder.

En este sentido López Tabar ve al grupo afrancesado como el único capaz de crear cierta oposición al absolutismo más recalcitrante; Tabar desarrolla esta circunstancia con el origen del grupo moderado, cuyas filas alimentarán, no tanto las personas (a partir de 1820 las parcas se cobran buen tributo dentro del grupo, pues la mayoría ya contaban con cierta edad) como las ideas afrancesadas.

Concluye Tabar con un epílogo en que menciona qué fue de los afrancesados a partir de 1833, tras lo cual dedica un apartado a las conclusiones. Un rápido repaso a la introducción, previa lectura del mismo, nos muestra claramente que el capítulo que cierra la obra responde de manera coherente y, tras el desarrollo del libro, a las preguntas previamente planteadas.

López Tabar presenta un punto de vista neutral. Como ya mencionamos en el capítulo II, tiende a justificar (o, al menos, buscar causas) las actuaciones de cada personaje de acuerdo al momento en que vive. Se podría asimilar este rasgo quizá a una de las tendencias posmodernistas, que implican que la historia no puede interpretarse en unos términos simplistas y a través de modelos de comportamiento, sino que más bien es fruto de las circunstancias del momento.

La mayor crítica que presenta, con todo, es hacia los oportunistas, sea en el momento que sea o quien fuese, Tabar ataca a aquellos que aprovecharon las circunstancias para tratar de medrar sin escrúpulo alguno en detrimento de los otros. Lo hace tanto con respecto a aquellos que juraron fidelidad a la causa Josefina para lucrarse (generalmente a costa de sus convecinos) como con aquellos que, finalizada la guerra, azuzaban a Fernando VII a que expulsase a los afrancesados o no permitiese el retorno de los ya exiliados (pese a que se lo había prometido en Bayona antes de cruzar la frontera) viendo en ello la posibilidad tanto de eliminar posible competencia para cargos de cierta importancia, como la oportunidad de apropiarse de las tierras que, a buen seguro, les serían confiscadas a los afrancesados si eran declarados enemigos de la patria.

Parece incluso que fue la actuación de este tipo de personajes, en opinión del autor, lo que provocó, tanto la mala imagen que se tiene de los afrancesados durante el reinado de José I, como, posiblemente, la decisión de Fernando VII de ordenar su exilio.

Pese a que el autor no expresa su propia opinión con respecto a los afrancesados, podemos deducir de sus palabras cierta "simpatía" por su causa. Habla de la mayoría de ellos como patriotas, que buscaban, colaborando con el régimen josefino, el menor de los males para España (obviando claro a sus denostados oportunistas).

Por finalizar con este apartado, mencionar que defiende cualquier argumento que plantea en la obra con pruebas, generalmente testimonios de la época, y acompaña los datos de cifras con diagramas de barras que facilitan, y mucho, su pronta comprensión.

En cuanto al análisis externo, podemos afirmar con rotundidad que es una obra muy bien redactada, con un estilo más bien literario en algunas ocasiones, pero que nunca llega a caer en el oscurantismo, algo de agradecer en una obra de difusión general.

El autor, además, sabe cambiar de registro y jugar con diferentes estilos cuando conviene; por ejemplo citar la clara diferencia que hay entre los párrafos referidos al 2 de mayo y el alzamiento madrileño, y los que describen el gabinete josefino. Los primeros captan totalmente nuestra atención, mientras que los segundos llegan, en ocasiones, a ser ciertamente monótonos (algo quizás justificable dado el poco carácter "épico" del que se puede dotar una sucesión de secretarios y archiveros, todo sea dicho).

Aprovechando la mención al capítulo del gabinete josefino, diremos que quizás en algunos puntos del libro la sucesión de nombres y opiniones se hace realmente pesada, y, en algunos casos, innecesaria.

Con respecto a las fuentes, además de utilizar las tradicionales, innova y se sumerge de lleno en los archivos franceses. Todo esto lo menciona en la introducción, donde, tras plantear la hipótesis de trabajo, expone cuales han sido sus fuentes y la dificultad del acceso a algunas de ellas.

Para finalizar este apartado, hacer referencia a un detalle curioso, y del todo mejorable, y es que cuando incluye citas en francés (no pocas, por cierto) no las acompaña de una traducción, algo que dado el interés y la utilidad de estas referencias (ambos, por suerte, dominamos ese idioma como para entender gran parte de su contenido) debería cambiarse de cara a futuras ediciones.

Valoración

En general creemos que podemos hablar de una obra bastante novedosa. No solo, tal y como dice el autor, porque pretende seguir allí donde otros detuvieron la investigación, sino porque, previa investigación, redescubre a numerosos de estos personajes que se habían perdido en el más absoluto olvido, lo que hace que este esfuerzo sea de obligado reconocimiento. Además, abre nuevos caminos de exploración en torno al fenómeno, como puede ser el de su vuelta a España y la participación posterior en la vida política del país, cosa que ningún otro autor había señalado anteriormente en sus obras.

La obra presenta un desarrollo muy coherente, ciñéndose exactamente al título de la misma "los afrancesados en el antiguo régimen".

Con respecto al estilo no creemos que se deba añadir mucho más a lo ya mencionado en su apartado correspondiente, aunque, quizás debamos reiterar, en esta valoración, que la obra se hace monótona y espesa por momentos.

Creemos sinceramente que la obra de Tabar, dada la buena conjunción que hace de los trabajos más tradicionales (Artola, Juretschke) y algunos más recientes (Barbastro) junto con su propia –y extensa- labor de investigación, se ha convertido en obra de obligada consulta, no sólo para los interesados en el afrancesamiento (tema de este estado de la cuestión) sino también para acercarse a otros puntos de vista en la complicada España de principios del S.XIX.

CONCLUSIONES Y VALORACIÓN FINAL

Tras hacer el estudio crítico de las anteriores obras que hemos considerado como relevantes para la comprensión del fenómeno afrancesado se pueden establecer unas conclusiones en dos sentidos: en el de la evolución del tratamiento de los afrancesados según la corriente historiográfica en la que se enmarca su análisis y en el de ofrecer la situación real del estado de la cuestión actual sobre el problema y aportar por tanto ciertas consideraciones de cara al futuro.

Queda sobradamente patente que el análisis histórico parece hacer gala de una escasa objetividad, puesto que no parece desligarse de la coyuntura que lo rodea. Está claro que cada interpretación es fruto de los ojos con el que el historiador ve el mundo que le rodea.

El fuerte interés de los primeros autores que se han analizado por incidir en los aspectos por una parte religiosos y por otra patrióticos es muy fuerte. Y lo era así porque en esos momentos la sociedad de la que estaban imbuidos contaba con unos sentimientos procatólicos y de un patriotismo casi obligado, o más bien inseparable de lo que cualquier persona que se quisiese considerar de bien debía lucir. Y de la misma manera, parece impensable que hoy en día, cualquier autor pueda basar su interpretación en estos aspectos.

Por las mismas razones, la interpretación de base marxista de Juretschke queda perfectamente insertada en la realidad histórica en la que se formuló y la de Artola -de reformismo- pocos años después en una época en la que España vivía el proceso reformista por excelencia: el del tardofranquismo y el de la Transición.

Más difícil es hacer consideraciones sobre las últimas obras en este sentido, puesto que nos encontramos envueltos en esa misma coyuntura histórica que las ha generado. Quizá se deba a que el grueso de la interpretación de los afrancesados todavía repose en las de los dos autores antes señalados.

Además es muy curioso señalar cómo, a raíz de las obras de Bejarano y Menéndez Pidal, las figuras de los siguientes autores, Juretschke y Artola, cobran una especial relevancia. La casi idolatrada imagen de estos autores -y los de su periodo- se da actualmente en manuales y en general en el ámbito profesional de la Historia -y que francamente nos llamaba poderosamente la atención previamente- es mucho más comprensible tras hacer este pequeño estudio, puesto que queda demostrado cómo supieron regenerar la interpretación histórica y sobre todo enriquecerla de una manera muy ostensible.

Es este otro rasgo a señalar, si bien las interpretaciones pueden ser más o menos objetivas, más o menos cercanas a la realidad, de lo que sí podemos estar seguros -a nuestro juicio- es de que la Historia cuenta con unas técnicas y métodos -y largos años de estudio acumulados a sus espaldas- a su servicio hoy en día que permiten obtener una visión más completa del fenómeno afrancesado.

Las páginas anteriores de análisis demuestran esa progresión en la interpretación del fenómeno: de las acusaciones de anticatolicismo de Menéndez Pidal a la expiación relativa bajo la forma de liberales equivocados pero no traidores a la de revolucionarios de Juretschke y a la de ilustrados reformistas de Artola...

¿Cuál es el estado de la cuestión del problema afrancesado hoy en día?

Lo primero a señalar es que la interpretación del fenómeno, en sus rasgos claves, se halla detenida en la que ofrecieron Artola y Juretschke, puesto que hoy por hoy no ha surgido ninguna que rompa con sus supuestos.

Ahora bien, ¿hacia cual de las dos parecen tender las líneas de interpretación actuales?

Aun a sabiendas de que el panorama es complejo nos atrevemos a decir que da la sensación de que o bien se tiende a limar asperezas entre ambas o bien los autores se inclinan hacia la de Artola.

Quizá el cariz de la cuestión torne más bien en cuanto a las consideraciones actuales sobre el concepto de revolución. No sería tanto que uno u otro autor defiendan que eran reformistas o revolucionarios, sino que hoy en día se han puesto en boga conceptos como el de modernización, que permite prescindir de la tan fehacientemente creída historia teleológica.

Es decir, las nuevas concepciones posmodernistas considerarían a la historia más bien como un proceso de cambios de poder progresivos, dirigidos desde la élite aunque con su aporte de movilización social y que se componen de ajustes lentos.

Aparte de esta arriesgada interpretación particular, parece más claro afirmar por donde sigue avanzando el estudio del problema afrancesado, puesto que se ve claramente cómo los autores actuales analizados se han adentrado en temas poco explorados anteriormente.

Así, es de señalar cómo se acomete el estudio del exilio, pero también el de la vuelta a España y su papel posterior. Por otra parte parece que se adentra en el estudio local y también a nivel más personal, esto es, en el estudio concreto de personajes afrancesados.

En cuanto al futuro del problema de investigación, lo podemos considerar no agotado, puesto que todavía quedan muchas parcelas de estudio en las direcciones que se acaban de señalar.

Lo que sin duda se puede afirmar es que, pase lo que pase, muy probablemente o nosotros mismos o los historiadores por formarse comenzarán a ofrecer nuevos matices de interpretación a medida que las corrientes historiográficas sigan desarrollándose.

Queda finalmente por decir que creemos haber satisfecho los objetivos que nos propusimos al comienzo de este estado de la cuestión, con la salvedad de no haber podido acceder a la obra de Juretschke de una manera directa.

Sin embargo, como nueva experiencia, pero sobre todo como una nueva forma de ver o analizar los procesos de interpretación histórica, es donde hemos encontrado la mayor recompensa.

ANEXOS

EL LEGADO AFRANCESADO: EL RETORNO DEL EXILIO Y EL PAPEL EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO DEL SIGLO XIX

Las investigaciones más recientes en cuanto al tema central de este estado de la cuestión, los afrancesados, van más allá de la labor de la eliminación del tópico de “traidores” siempre vinculado a los mismos, para destacar su importancia capital en la construcción del estado liberal español en el S.XIX, bien en la sombra, con su labor en periódicos o elaboración de folletos, o bien desde los propios ministerios, algo especialmente importante en la década ominosa, cuando acceden, por fin, a puestos de cierta relevancia.

En cuanto al desarrollo de esta cuestión, lo haremos en estricto orden cronológico, destacando 3 momentos clave: la España del trienio liberal (1820-1823), la década ominosa (1824-1833) y una última etapa correspondiente al conflicto sucesorio tras la muerte del monarca Fernando VII.

Los Afrancesados en la España del trienio liberal:

No podíamos sino comenzar este recorrido por la primera de las fechas clave: el 26 de septiembre de 1820, en la cual se publica el decreto de amnistía para aquellos que hubiesen colaborado con el régimen josefino, lo que supuso la vuelta a España de la mayoría de ellos.

Los afrancesados no tardaron en mostrarse agradecidos a este nuevo régimen, alabándolo en sus escritos, y sobre todo mostrándose completamente disponibles para cualquier tipo de colaboración con el mismo, algo de lo que, como veremos, no tendrán oportunidad.

Sin embargo el recelo hacia los josefinos era aún extenso entre la población española, y por diversas presiones, sobre todo de los grupos monárquicos más recalcitrantes, se les negó el acceso a cualquier puesto de cierta relevancia, incluso en ámbitos locales.

La labor afrancesada quedó así relegada a un segundo plano, pero no silenciada. Fieles a su espíritu reformista, vieron en la prensa, los folletos o las hojas volanderas los medios para expresar su opinión, algo que comenzaron a realizar mediante periódicos como “El imparcial” o “El universal” (por destacar los más importantes).

Aparte de estos medios escritos, vemos una importantísima labor afrancesada en labores educativas, fundando numerosos colegios y academias que contaban, como docentes, con algunos de los intelectuales más destacados del momento. Junto a esto se observa la creación de sociedades patrióticas o las labores de traducción e introducción de las nuevas corrientes filosóficas europeas en España.

Todo este momento de auge cultural se vio truncado a partir de 1822. De la ilusión inicial por este nuevo régimen, pasaron, a partir de este año, a una profunda decepción a medida que el mismo se iba radicalizando, desilusión que llegó incluso a provocar la vuelta al exilio francés de algunos de ellos.

En este periodo la labor afrancesada no se limitó solo a las letras o publicaciones, algunos de ellos si ostentaban puestos en la administración, si bien, en opinión de López Tabar, parece ser que éstos ni siquiera habían ido al exilio, y llevarían desempeñando sus cargos desde incluso antes del reinado de José I. Aparte eran puestos más bien de carácter local o secundarios –en el caso de estar en un ministerio- y por tanto sin ninguna trascendencia.

Como vemos este periodo es de una nula influencia en la política estatal, si bien, sirvió no solo para que retornasen gran parte de ellos, sino también para que Europa viese que en ese país tan atrasado había alguna mente preclara dispuesta a cambiar las cosas.

Los afrancesados en la época Ominosa (1824 – 1833):

Nos encontramos en 1823. Como hemos visto, la euforia inicial dio paso en los afrancesados a una profunda decepción. Es este año en el que algunos de los más destacados afrancesados, como Miñano Lista o Hermosilla, publican duros ataques frente a esos liberales radicales que habían truncado lo que parecía el inicio de la renovación española, denostando a partir de este momento la democracia y sentando las bases ideológicas que contribuirán, como ya veremos, a la formación del partido moderado, en cuyas filas se incluirán.

Una vez el duque de Angulema restauró a Fernando VII en el trono, este trató de virar de nuevo hacia un régimen autocrático, si bien ya nada será igual. En este periodo asistimos a la lucha de facciones entre unos moderados, partidarios de un reformismo –sino político, al menos económico- (y donde incluimos a la gran mayoría de los afrancesados) y un ultrarrealismo apostólico a la defensiva, que no tardará en volver sus ojos hacia el infante Don Carlos.

Tras un periodo de duras persecuciones por parte del monarca, especialmente hacia los liberales, el 1 de mayo de 1824 firma una amnistía general (debida principalmente a la dura presión francesa, que amenazaba con retirar a las tropas que lo habían devuelto al poder).

Con todo, entre 1824 y 1827 podemos hablar de un “trabajo en la sombra” de los afrancesados, que aún no acceden al poder (o al menos no de forma directa).

En este ambiente su labor de lucha soterrada se centra en la defensa de las opiniones moderadas, destacando en estos momentos la labor de 3 insignes afrancesados: Miñano, Javier de Burgos y el marqués de Almenara.

A partir de 1827 el papel de los afrancesados será clave en la construcción de un marco administrativo preliberal. Durante etapa asistimos a un esfuerzo de centralización, reforma y racionalización administrativa innegable, creando nuevos organismos y desapareciendo los más viejos y anquilosados.

El impulsor fundamental de estas transformaciones será el ministro de hacienda, López Ballesteros, y su equipo de afrancesados, ya que supo rodearse de un grupo de especialistas afrancesados a los que aupó al poder, si bien, desde el punto de vista de su ministerio, su gestión no fue brillante (aunque, dadas las circunstancias hacendísticas del estado, poco más pudo hacer).

Es ahora cuando vemos a numerosos afrancesados en puestos de cierta importancia en el poder, desde donde iban estableciendo pautas para lo que será la reforma del estado a partir de 1834.

La línea reformista de López Ballesteros contará con acérrimos enemigos, si bien a su defensa acudirán, de nuevo, los afrancesados, especialmente a través de 2 publicaciones clave en la época: la gaceta de Bayona, y su continuación, la estafeta de San Sebastián.

Una labor importantísima será la llevada a cabo por los juristas, especialmente por Pedro Sáinz de Andino. Su primera medida, y por la que se dio a conocer, fue la elaboración de un nuevo código mercantil. Paralelamente a esta labor, realizaba informes a López Ballesteros, destacando el “expediente general de purificaciones”, que no llegó a ser aprobado por el rey.

Así, y siempre con un alto grado de sinceridad, denuncia todo tipo de abusos, deplora la situación de la administración de justicia y aboga por una reforma urgente del ejército.

El rey, quien cada vez contaba más con sus informes, le mandó realizar una importante labor codificadora.

La importancia de este impulso codificador va más allá de lo meramente jurídico, pues conduce a la supresión de las viejas estructuras jurídicas del estado del antiguo régimen. Por si fuera poco, será Manuel M^a Cambroner, otro afrancesado, el encargado de la reforma del código civil de 1832, por lo que el protagonismo afrancesado en la renovación legislativa es decisivo.

El protagonismo de Sáinz de Andino en el ámbito de las reformas jurídicas fue indiscutible, y especialmente en el proceso codificador, pero Andino, amén de su gran capacidad, no es sino la punta

de lanza de la intervención afrancesada en la reforma del sistema de poder, en esta transición del antiguo régimen que en el plano de la administración pudo en algunos casos adelantarse o al menos prepararse, gracias a este trabajo, mas o menos afortunado por momentos, pero decididamente aperturista.

Será tal el grado de influencia, tanto política, como cultural o social de algunos de estos afrancesados, que pese a la caída de López Ballesteros en 1832, supieron mantenerse a flote y encontrar pronto acomodo en el gobierno de Cea Bermúdez.

Los afrancesados ante la nueva coyuntura sucesoria:

En mayo de 1829 fallecía María Amalia de Sajonia, tercera esposa del rey, dejando a un monarca viudo, y lo que era más importante, sin descendencia. El matrimonio de urgencia ese mismo diciembre con María Cristina de Borbón así lo demuestra. Milagrosamente, en mayo de 1830, se anuncia a bombo y platillo que la reina está embarazada.

Esto generó un serio problema por el orden sucesorio, lo que llevó al rey, en 1830, a publicar la pragmática sanción, que permitiría al futuro hijo del rey, fuese cual fuese su sexo, heredar el trono.

Fue un afrancesado, Francisco Fernández del Pino, el encargado de leerla (y se cree que también fue su redactor) ante el consejo de Castilla –en aquel momento el feudo más poderoso de los más irreductiblemente monárquicos-. Esta sanción es considerada por muchos autores como el triunfo de los afrancesados, pues les daba un poder casi indefinido.

Los afrancesados comienzan ahora a frecuentar los círculos de la reina, futura regente, donde jugarán un papel relevante, viendo además en la reina una alternativa al absolutismo, representado por el infante Don Carlos.

Tras los sucesos de la granja, en 1832, se procedió a una reforma del gabinete de gobierno, dando entrada la regente al mismo a personas de su camarilla, incluyendo varios afrancesados. Las cabezas visibles del grupo josefino, con todo, quedarán a la sombra, trabajando los Miñano, Lista, Reinoso y compañía desde cargos secundarios, si bien se sabía que movían los hilos en el gobierno.

A la vez, desde sus periódicos o centros de opinión, hacían propaganda de la causa isabelina, siendo además Reinoso designado para elaborar el discurso que la regente –más dubitativa que nunca en estos momentos críticos- debía pronunciar a la nación, con un claro objetivo: evitar la guerra civil que muchos ya veían próxima.

La muerte de Fernando VII el 29 de septiembre de 1833 marcó un antes y un después para los afrancesados. La regente, que trataba de mantener una vía media entre absolutismo y constitucionalismo, cerró la puerta a posibles reformas políticas, si bien no a las administrativas.

La incesante labor de un afrancesado como Javier de Burgos, ahora flamante ministro de fomento, será flor de un día. Con una guerra civil en marcha, no es tiempo de cambios y el reformismo administrativo será ampliamente desbordado por los acontecimientos y por una demanda, inexcusable, de reformas políticas. Pasó ya la hora de los afrancesados.

Los meses posteriores a la muerte de Fernando VII señalan la frontera entre un régimen moribundo, que fallece junto con su último representante, y otro que, no nacido aún del todo, tiene que luchar por su propio desarrollo en un ambiente de guerra civil en que se ve que las heridas abiertas por los excesos del trienio aún no están del todo cicatrizadas.

Es también la frontera para la generación de 1808, a la que pertenecieron los afrancesados, tanto cronológica, pues muchos de ellos van muriendo ya en estos años, como ideológica, pues el reformismo administrativo será pronto desbordado por las reformas políticas.

El fin de toda esta generación es marca también el inicio del eterno debate acerca de estos personajes, para algunos traidores, para otros personas que, adelantadas incluso a su tiempo, quisieron ver en el programa de José I el marco idóneo para la renovación de esa España que, en la mayoría de los casos, terminó por darles la espalda.

LA VISIÓN AFRANCESADA OFRECIDA A LOS ESCOLARES DURANTE EL PERIODO FRANQUISTA

Para concluir este anexo, pensamos que sería conveniente mencionar, en un breve apartado, la visión que se daba a los jóvenes españoles del primer franquismo acerca de estos personajes.

Para ello, además de la obligada referencia al "Florido pensil" de Andrés Sopeña –cita obligada, en nuestra opinión, en cualquier tema referente a la escuela nacionalcatólica-, tenemos la suerte de contar con sendos libros de texto escolares de 1951 y 1965, ilustrativos de las referencias y la propia experiencia personal que Andrés Sopeña narra en su libro.

El aspecto más destacado a la hora de tratar este tema es su completa omisión, no solo del término, sino también de las personas afrancesadas. Estos personajes nunca existieron (siquiera para denominarlos traidores), caracterizándose el pueblo español de comienzos del S.XIX, a decir de estos manuales, por su heroísmo y determinación, destacando estos aspectos en hechos claves como el 2 de mayo o los heroicos sitios de Zaragoza (a destacar que en ambos manuales le dedican un monográfico al asunto).

La pregunta parece evidente: ¿Qué fue de estos personajes? La respuesta se halla en estos mismos libros, aunque las referencias a la misma nos obliguen a retroceder en el tiempo, concretamente hasta el reinado de Carlos III. Es ahí, en la lección titulada en ambos libros como "La expulsión de los jesuitas", donde encontramos la primera referencia a unos extraños grupos denominados "los masones", "los filósofos", y "los regalistas" (de éste último se indica que acudamos en uno de los manuales a la nota 3 de vocabulario, donde los define como: "defensores de ciertos privilegios abusivos del estado en contra de la Iglesia"). Sobran las explicaciones ante un extracto literal del párrafo:

"Los enemigos de los jesuitas, y lo eran todos los masones, filósofos y regalistas de España, se aprovecharon del motín de Esquilache para hacer creer a Carlos III que aquellos religiosos habían sido los instigadores del tumulto (...) El monarca dio crédito a estas acusaciones, y sin formar proceso, ni oír a los acusados, expidió un decreto en que mandaba salir de España e Indias a todos los individuos de la compañía de Jesús (...)".

Parece ser que los afrancesados, junto con varios grupos diversos (ilustrados, liberales...) han de incluirse dentro de esos tres grupos, por descontado citados como los más encarnizados enemigos de España.

Avanzando en el tiempo podemos hacer un seguimiento de la actividad de estos grupos, que, pese a ser variada, siempre se caracterizaban por su odio a España y su anticatolicismo.

A partir del reinado de Fernando VII en ambos manuales vemos que todo grupo opuesto al denominado "pueblo fiel", se incluye en el de "los masones" (deducimos que los afrancesados estarían incluidos aquí). Entre los hechos más destacados de estas gentes en el periodo se encuentran el emponzoñar al pueblo con ideas revolucionarias y sobre todo el éxito del levantamiento de Riego:

"(...) Poco antes de subir a los barcos, un coronel masón y revolucionario, llamado Riego, logró sublevar a las tropas (...)".

Este recorrido por la "historia de España", esperamos halla servido para ilustrar la imagen dada en la época de estos grupos minoritarios, responsables, a decir de estos manuales, de los males de una España a la que impedían vivir tranquila y fiel a su catolicismo.

Para concluir, creemos conveniente citar un párrafo de "el Florido Pensil", que quizás resuma el cómo se trataban estos temas en el nacionalcatolicismo:

"Por un dictado me enteré yo de que perdimos el imperio porque interrumpimos la defensa del nombre de Dios y nos convertimos en juguete de vientos pasionales, que otras veces los llaman alisios. Nos fuimos tras imitaciones extranjeras, y claro; que en extranjero se creen que los analfabetos y los desconocidos pueden guiar a los hombres de rango y cultura, fíjate".

BIBLIOGRAFÍA

CONSULTADA

- ARTOLA, M., *Los afrancesados*; Editorial Turner; Madrid; 1976
- ARTOLA, M., *Los afrancesados*; Editorial Alianza; Madrid; 1989
- BARBASTRO GIL, LUIS.; *Los afrancesados: Primera emigración política del siglo XIX español (1813-1820)*; Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert" (Diputación de Alicante); Madrid; 1993
- FONTANA, J; *La crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*; Barcelona; 1979
- LÓPEZ TABAR, J; *Los famosos traidores: los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*; Madrid; 2001; Editorial Biblioteca Nueva
- MÉNDEZ BEJARANO, M.; *Historia política de los afrancesados (con algunas cartas y documentos inéditos)*; Librería de los sucesores de Hernando; Madrid; 1912
- MENÉNDEZ PELAYO, M.; *Historia de los heterodoxos españoles. Volumen VI: Heterodoxia en el siglo XIX*; Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Madrid; 1963
- VV.AA; *Revista de Historia Contemporánea Ayer: Monográfico dedicado a los exilios; nº 47*; Madrid; 2002
- VV.AA; *Revista de Historia Contemporánea Ayer: Fernando VII: su reinado y su imagen; nº 41*; Madrid; 2000

DISPONIBLE

- DELEITO PIÑUELA; *La expatriación de los afrancesados españoles*; Nuestro tiempo, vol. XXLXII, Junio de 1921
- DELEITO PIÑUELA; *La emigración política durante el reinado de Fernando VII*; Asociación española para el Progreso de las Ciencias, Congreso de Bilbao, vol. I
- DUFOUR, G.; "Infidencia" et "Afrancesamiento": *quelques données statistiques*", en *Etudes d'histoire et de littérature ibéro-américaines*; Rouen; 1973
- DUFOUR, G.; *El clero afrancesado*, en *Etudes Hispaniques, nº 10*; Actas de la mesa redonda de Aix-en-Provence; Université de Provence; 1986
- DUFOUR, G.: *La tragedia del clero afrancesado*, en *Historia 16*; 1986.
- JOVER, J.M.: *La Guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación*; Zaragoza; 1967
- JURETSCHKE, H.: *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia*. Madrid, 1962.
- MERCADER, J.: *José Bonaparte Rey de España. Estructura del estado español bonapartista*; Madrid; 1983

MORAL RONCAL; A. M; *¡El enemigo en palacio! : afrancesados, liberales y carlistas en la Real Casa y Patrimonio (1814-1843)*

STIFFONI, G.: *Gli afrancesados nella storiographia spagnola; Nuova Rivista Storica*, LIII; 1969

RECURSOS EN INTERNET

<http://www.filosofia.org/ave/001/a010.htm>

http://es.wikipedia.org/wiki/Marcelino_Men%C3%A9ndez_Pelayo

<http://www.filosofia.org/ave/001/a040.htm>

<http://www.elpais.com/todo-sobre/persona/Artola/Gallego/Miguel/5531/>

<http://www.elmundo.es/elmundo/2004/06/22/obituarios/1087901671.html>